
NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07585115 8

(Samaniego)
NPD

Para entregar en Mexico al S.r D.n Ambrosio Helleave, Caball.o del orden de Santiago, y en su defecto lo haga à su Sobrino D.n José de Ayarragoytia.

FABULAS
EN VERSO CASTELLANO.

FABULAS
EN VERSO CASTELLANO

PARA EL USO

DEL REAL SEMINARIO BASCONGADO

POR

D. FELIX MARIA SAMANIEGO

DEL NUMERO

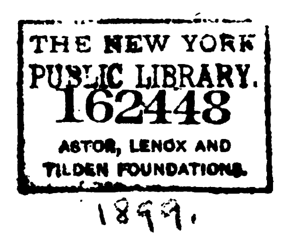
DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA

DE LOS AMIGOS DEL PAIS.

PUBLICANSE DE ORDEN DE LA MISMA SOCIEDAD.

Duplex libelli dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.
Phedr. Fab. Prol. Libr. I.

CON LAS LICENCIAS NECESSARIAS
EN VALENCIA, Y OFICINA DE BENITO MONFORT
AÑO MDCCLXXXI.



PROLOGO.

Muchos son los Sabios de diferentes Siglos, y Naciones que han aspirado al renombre de Fabulistas; pero muy pocos los que han hecho esta carrera felizmente. Este conocimiento debiera haverme retraido del arduo empeño de meterme á contar Fabulas en verso Castellano. Assi huviera sido: pero permitame el público protestar con sinceridad en mi abono, que en esta empre-

sa

sa no ha tenido parte mi eleccion. Es puramente obra de mi pronta obediencia debida á una Persona en quien respeto unidas las calidades de Tio, Maestro, y Gefe.

En efecto: el Director de la Real Sociedad Bascongada mirando la educacion, como á basa en que estriva la felicidad pública, emplea la mayor parte de su zelo patriotico en el cuidado de proporcionar á los Jovenes Alumnos del Real Seminario Bascongado cuanto con-

du-

duce á su instruccion: y siendo (por decirlo assi) el primer pasto con que se debe nutrir el espiritu de los Niños las maximas morales disfrazadas en el agradable artificio de la Fabula; me destinó á poner una Coleccion de ellas en verso Castellano, con el obgeto de que recibiessen esta enseñanza, ya que no mamandola con la leche, segun deseó Platon, á lo menos antes de llegar á estado de poder entender el Latin.

Desde luego dí principio á

mi Obrilla. Apenas pillaban los Jovenes Seminaristas alguno de mis primeros ensayos, cuando los leían, y estudiaban á porfia con indecible placer, y facilidad; mostrando en esto el deleite que les causa un cuentecillo adornado con la dulzura, y harmonia poetica, y libre para ellos de las espinas de la traduccion, que tan desagradablemente les punzan en los principios de su enseñanza.

Aunque esta primera prueba me assegura en parte de la uti-

li-

lidad de mi empressa, que es la verdadera recomendacion de un escrito, no se contenta con ella mi amor proprio. Siguiendo este su ambiciosa condicion desea que respectivamente logren mis Fabulas igual acogida que en los Niños en los Mayores, y aun si es posible entre los Doctos: pero á la verdad esto no es tan facil. Las espinas que dexan de encontrar en ellas los Niños, las hallarán los que no lo son en los repetidos defectos de la Obra. Quizá no pa-

¶¶ 2 re-

recerán estos tan de marca, dando aqui una breve noticia del metodo que he observado en la execucion de mi asunto, y de las razones que he tenido para seguirle.

Despues de haver repassado los preceptos de la Fabula, formé mi pequeña Libreria de Fabulistas: examiné, comparé, y elegí para mis modelos entre todos ellos despues de Esopo á Fedro, y La-Fontaine: no tardé en hallar mi desengaño. El primero mas para admirado que pa-

para seguido, tuve que abandonarlo á los primeros passos. Si la union de la elegancia, y laconismo solo está concedida á este Poeta en este genero ¿cómo podrá aspirar á ella quien escribe en lengua Castellana, y palpa los grados que á esta le faltan para igualar á la Latina en concision, y energia? Este conocimiento en que me asseguró mas y mas la practica, me obligó á separarme de FEDRO.

Empezé á aprovecharme del segundo (como se dexa ver en

las

las Fabulas de la *Cigarra*, *y la Hormiga*; *el Cuervo*, *y el Zorro*, y alguna otra); pero reconocí que no podia sin rediculizarme trasladar á mis versos aquellas delicadas nuevas gracias, y sales, que tan facil, y naturalmente derrama este ingenioso Fabulista en su narracion.

No obstante, en el estudio que hice de este Autor, hallé no solamente que la mayor parte de sus argumentos son tomados de Locmano, Esopo, y otros de los antiguos, sino que no

tu-

tuvo reparo en entregarse á seguir su proprio caracter tan francamente, que me atrevo á assegurar, que apenas tuvo presente otro precepto en la narracion, que la regla general que él mismo assienta en el Prologo de sus Fabulas en boca de Quintiliano: *por mucho gracejo que se dé á la narracion, nunca será demasiado.*

Con las dificultades que toqué al seguir en la formacion de mi Obrita á estos dos Fabulistas, y con el exemplo que ha-

hallé en el ultimo, me resolví á escribir tomando en zerro los argumentos de Esopo, entresacando tal cual de algun moderno, y entregandome con libertad à mi genio, no solo en el estilo, y gusto de la narracion, sino aun en el variar rara vez algun tanto ya del argumento, ya de la aplicacion de la moralidad, quitando, añadiendo, ó mudando alguna cosa, que sin tocar al cuerpo principal del Apologo contribuya á darle cierto aire de novedad, y gracia.

En

En verdad que segun mi conciencia mas de cuatro veces se peca en este metodo contra los preceptos de la Fabula; pero esta practica licenciosa es tan corriente entre los Fabulistas, que cualquiera que se ponga á cotejar una misma Fabula en diferentes versiones, la hallará tan transformada en cada una de ellas respecto del original, que degenerando por grados de una en otra version, vendrá á parecerle diferente en cada una de ellas. Pues si con todas estas li-

cencias, ó pecados contra las leyes de la Fabula ha havido Fabulistas, que han hecho su carrera hasta llegar al templo de la immortalidad; ¿á qué meterme yo en escrupulos, que ellos no tuvieron?

Si en algo he empleado casi nimiamente mi atencion, ha sido en hacer versos faciles hasta acomodarlos, segun mi entender, á la comprehension de los Muchachos. Que alguna vez parezca mi estilo no solo humilde, sino aun baxo, malo es; ¿mas

no

no seria muchissimo peor, que haciendolo incomprehensible á los Niños, ocupasen estos su memoria con inutiles coplas?

A pesar de mi desvelo en esta parte desconfio conseguir mi fin. Un Autor moderno en su tratado de Educacion dice: que en toda la Coleccion de La-Fontaine no conoce sino cinco, ó seis Fabulas *en que brilla con eminencia la sencillez pueril*, y aun haciendo analysis de alguna de ellas, encuentra passages desproporcionados á la inteligencia de los Niños.

Esta critica ha sido para mí una leccion. Confessaré sinceramente, que no he acertado á aprovecharme de ella, si en mi Coleccion no se halla mas de la mitad de Fabulas, que en la claridad, y sencillez del estilo no pueda apostarselas á la prosa mas trivial. Este me ha parecido el solo medio de acercarme al lenguage en que debemos enseñar á los Muchachos: pero ¿quién tendrá bastante Filosofia para acertar á ponerse en el lugar de estos, y medir assi

los

los grados á que llega la comprehension de un Niño?

En cuanto al metro no guardo uniformidad: no es essencial á la Fabula, como no lo es al Epigrama, y á la Lyra, que admiten infinita variedad de metros. En los Apologos hay tanta inconexion de uno á otro como en las Lyras, y Epigramas. Con la variedad de metros he procurado huir de aquel monotonismo que adormece los sentidos, y se opone á la varia harmonia, que tanto deleita el

ani-

animo, y aviva la atencion. Los Jovenes, que tomen de memoria estos versos, adquirirán con la repeticion de ellos alguna facilidad en hacerlos arreglados á las diversas medidas, á que por este medio acostumbren su oido.

Verdad es que se hallará en mis versos gran copia de Endecasylabos pareados con la alternativa de pies quebrados, ó de siete sylabas; pero me he acomodado á preferir su frecuente uso al de otros metros, por la ventaja que no tienen los de

es-

estancias mas largas, en las cuales por acomodar una sola voz que falte para la clara explicacion de la sentencia, ó queda confuso, y como estrujado el pensamiento, ó demasiadamente holgado, y lleno de ripio.

En conclusion: Puede perdonarseme bastante por haver sido el primero en la Nacion, que ha abierto el passo á esta carrera, en que he caminado sin guia, por no haver tenido á bien entrar en ella nuestros celebres Poetas Castellanos. Dichoso yo

si

si logro que con la ocasion de corregir mis defectos, dediquen ciertos genios poeticos sus tareas á cultivar este, y otros importantes ramos de instruccion, y provecho. Mientras assi no lo hagan, havremos de contentarnos con leer sus excelentes Eglogas, y sacar de sus dulcissimos versos casi tanta melodia como de la mejor Musica del *divino Heyden*, aunque tal vez no mayor enseñanza, ni utilidad.

LI-

LIBRO PRIMERO.

FABULA PRIMERA.

El Asno, y el Cochino.

A LOS CAVALLEROS ALUMNOS
DEL
REAL SEMINARIO PATRIOTICO BASCONGADO.

O Jovenes amables,
Que en vuestros tiernos años
Al Templo de Minerva
Dirigis vuestros passos,
Seguid, seguid la senda,
En que marchais, guiados
A la luz de las Ciencias
Por Professores sabios;

Aunque el camino sea
Ya dificil, ya largo,
Lo allana, y facilita
El tiempo, y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo
Con la esteva agoviado
El Labrador sus Bueyes
Guia con passo tardo;
Mas al fin llega á verse
En medio del Verano
De doradas espigas
Como Ceres rodeado.
A mayores tareas
A mas graves cuidados
Es mayor, y mas dulce
El premio, y el descanso.
Tras penosas fatigas
La labradora mano

¡Con

¡Con qué gusto recoje
Los racimos de Baco!
Ea, Jovenes, ea
Seguid, seguid marchando
Al Templo de Minerva
A recibir el lauro.
Mas yo sé, Cavalleros,
Que un Joven entre tantos,
Responderá á mis voces:
No puedo, que me canso.
Descansa enhorabuena:
¿Digo yo lo contrario?
Tan lejos estoi de eso,
Que en estos versos trato
De daros un assunto
Que instruya deleitando.
Los Perros, y los Lobos,
Los Ratones, y Gatos,

Las Zorras, y las Moñas,
Los Ciervos, y Cavallos
Os han de hablar en verso,
Pero con juicio tanto,
Que sus maximas sean
Los consejos mas sanos.
Deleitados en ello,
Y con este descanso
A las serias tareas
Bolved mas alentados.
Ea, Jovenes, ea
Seguid, seguid marchando
Al Templo de Minerva
A recibir el lauro.
Pero què! ¿os detiene
El ocio, y el regalo?
Pues escuchad á Esopo,
Mis Jovenes amados:

Em-

Embidiando la suerte del Cochino
Un Asno maldecia su destino.
Yo, decia, trabajo, y como paja;
El come harina, y berza, y no trabaja:
A mi me dan de palos cada dia;
A él le rascan, y alagan á porfia.
Assi se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte,
Que á la Pocilga alguna gente abanza,
En guisa de matanza,
Armada de Cuchillo, y de Caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo Cochino fin sangriento;
Dixo entre sí el Jumento:
Si en esto pára el ocio, y los regalos,
Al trabajo me atengo, y á los palos.

FABULA II.

La Cigarra, y la Hormiga.

Cantando la Cigarra
Passó el Verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el Invierno:
Los frios la obligaron
A guardar el silencio,
Y á acogerse al abrigo
De su estrecho apossento.
Vióse desproveida
Del preciso sustento,
Sin Mosca, sin gusano,
Sin Trigo, sin Centeno.
Habitaba la Hormiga
Alli tabique en medio,

Y

Y con mil expressiones
De atencion, y respeto
La dixo: Doña Hormiga;
Pues que en vuestros graneros
Sobran las provisiones
Para vuestro alimento,
Prestad alguna cosa,
Con que viva este Invierno
Esta triste Cigarra,
Que alegre en otro tiempo
Nunca conoció el daño,
Nunca supo temerlo.
No dudeis en prestarme;
Que fielmente prometo
Pagaros con ganancias
Por el nombre que tengo.
La codiciosa Hormiga
Respondió con denuedo,

Ocul-

Ocultando á la espalda
Las llaves del granero:
¡Yo prestar lo que gano
Con un trabajo immenso!
¿Dime pues holgazana,
Qué has hecho en el buen tiempo?
Yo, dixo la Cigarra:
A todo passajero
Cantaba alegremente
Sin cessar ni un momento.
Ola! ¿con que cantabas
Cuando yo andaba al remo?
Pues ahora que yo como,
Baila, pesse á tu cuerpo.

FABULA XIX.

El Muchacho, y la Fortuna.

A la orilla de un Pozo
Sobre la fresca yerva
Un incauto Mancebo
Dormia á pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
Insensato despierta,
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por tí, y otros Canallas
A veces me motejan
Los unos de inconstante,
Y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna
Llamais á las miserias:

¿Por qué; si son reveses
De la conducta necia?

FABULA XV.

La Codorniz.

Pressa en estrecho lazo
La Codorniz sencilla
Daba quexas al aire,
Ya tarde arrepentida.
¡Ay de mí miserable
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre,
Y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida.

¿Por

¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¡Por un grano de trigo!
¡O cara golosina!

El apetito ciego
¡A cuantos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican!

FABULA V.

El Aguila, y el Escarabajo.

Que me matan: favor: assi clamaba
Una Liebre infeliz, que se miraba
En las garras de una Aguila sangrienta.
A las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compassivo Escarabajo;
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,

Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
O Reyna de las aves escogida,
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal, manso, y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras;
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas, y tu corbo pico
En el frio cadaver de un Borrico?
Cuando el Escarabajo assi decia,
La Aguila con desprecio se reía,
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla, y vase.
El pequeño animal assi burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera,
Vuela al nido del Aguila altanera;

Ha-

Halla solos los huevos, y arrastrando
Uno por uno fuelos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dexar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La Reyna de las Aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Jupiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pidele, ruega
Remedie tanto mal: el Dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiesse
El Aguila sus huevos, y se fuesse,
Que á la buelta colmada de consuelos
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto, é ingenioso hace de modo,
Que

Que una bola fabríca diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe aunque se calla;
Y que segun yo pienso,
Para los Dioses no es muy buen incienso:
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido:
Jupiter que se vió con tal basura
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo al arrojar la albondiguilla
Con la bola, y los huevos su tortilla.
Del tragico sucesso noticiosa,
Arrepentida el Aguila, y llorosa
Aprendió esta leccion á mucho precio:

A nadie se le trate con desprecio,
Como al Escarabajo,

Por-

Porque al mas miserable, vil, y bajo,
Para tomar venganza si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

FABULA VI.

El Leon vencido por el hombre.

Cierto artifice pintó
Una lucha, en que valiente
Un hombre tan solamente
A un horrible Leon venció,
Otro Leon, que el Cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dixo: bien se dexa ver,
Que es pintar como querer,
Y no fue Leon el Pintor.

FABULA VII.

La Zorra, y el Busto.

Dixo la Zorra al Busto,
Despues de olerlo:
Tu cabeza es hermosa,
Pero sin sesso.

Como éste hay muchos,
Que aunque parecen hombres
Solo son Bustos.

FABULA VIII.

El Raton de la Corte, y el del Campo.

Un Raton Cortesano
Convidó con un modo muy urbano

A un Raton Campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda:
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento;
Pues no pudiera haver un aposento
Tan magnificamente preparado,
Aunque fuesse en *Ratopolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan Primero.*
Sus sentidos alli se recreaban;
Las paredes, y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, perniles, y cecinas.
Saltaban de placer, ¡ó qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situacion tan lisongera
Llega la Despensera.

C Oyen

Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino, mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto passadizo abierto á diente.
¡Esto tenemos! dixo el Campesino,
Reniego yo del queso, del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos, y los sustos.
Bolvióse á su campaña en el instante,
Y estimó mucho mas de alli adelante,
Sin zozobra, temor, ni pesadumbres,
Su casita de tierra, y sus legumbres.

FABULA IX.

El Herrero, y el Perro.

Un Herrero tenia
Un Perro que no hacia

Si-

Sino comer, dormir, y estarse echado:
De la casa jamás tuvo cuidado;
Levantabase solo á mesa puesta;
Entonces con gran fiesta
Al Dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil excessos
Por pillar las piltrafas, y los huesos.
He llegado á notar, le dixo el Amo,
Que aunque nunca te llamo
A la mesa, te llegas prontamente;
En la fragua jamás te ví presente;
Y yo me maravillo,
De que no dispertandote el Martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltron; no es bien que cuentes,
Que el Amo hecho un Gañan, y sin reposo,
Te mantiene á lo Conde muy ocioso.

El Perro le responde:
¿Qué mas tiene que yo cualquiera Conde?
Para no trabajar debo al destino
Haver nacido Perro, y no Pollino.
Pues, Señor Conde: fuera de mi casa,
Verás en las demás lo que te passa.
En efecto salió á probar fortuna,
Y las casas anduvo de una en una.
Alli le hacen servir de centinela,
Y que passe la noche toda en vela;
Acá de lazarillo, y de danzante,
Allá dentro de un torno á cada instante
Assa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera,
Que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al Jumento.

FABULA X.

La Zorra, y la Cigueña.

Una Zorra se empeña
En dar una comida á la Cigueña.
La convidó con tales expressiones,
Que anunciaban sin duda provisiones
De lo mas excelente, y exquisito.
Accepta alegre, vá con apetito;
Pero encontró en la mesa solamente
Gigote claro, sobre chata fuente.
En vano á la comida picoteaba,
Pues era para el guiso, que miraba,
Inutil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua, y el ocico
Limpió tambien su fuente, que pudiera
Servir de Fregatriz, si á Holanda fuera.

Mas

Mas de alli á poco tiempo convidada
De la Cigueña, halla preparada
Una redoma de gigote llena;
Alli fue su afliccion, alli su pena;
El ocico goloso al punto assoma
Al cuello de la hydropica redoma,
Mas en vano, pues era tan estrecho,
Cual si por la Cigueña fuesse hecho.
Envidiosa de ver que á conveniencia
Chupaba la del pico á su presencia;
Buelve, tienta, discurre,
Huele, se desatina, en fin se aburre.
Marchó rabo entre piernas tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
De decir : *están verdes*, como antaño.

Tambien hay para picaros engaño.

FABULA XI.

Las Moscas.

A un panal de rica miel
Dos mil Moscas acudieron,
Que por golosas murieron
Pressas de patas en él.
Otras dentro de un pastel.
Enterró su golosina;
Assi, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prissiones
Del vicio, que los domína.

FABULA XXI.

El Leopardo, y las Monas.

No á pares, á docenas encontraba
Las Monas en Tetuan, cuando cazaba
Un Leopardo: apenas lo veían
A los arboles todas se subian,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudiera decir: no están maduras.
El Cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas
Alegres en èl caso, y juguetonas
Empiezan á saltar; la mas osada
Baja; arrimase al muerto de callada;

Mi-

Mira, huele, y aun tienta,
Y grita muy contenta:
Llegad, que muerto está de todo punto,
Tanto que empieza á oler el tal difunto.
Baxan todas con bulla, y algazara:
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima,
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos á su lado queda:
Otra se finge muerta, y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar, y hacer monadas
Levantase ligero,
Y mas que nunca fiero
Pilla, mata, devora, de manera
Que parecia la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando Moros en España.

Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño; porque intenta,
Inspirando confianza,
Assegurar su golpe de venganza.

FABULA XIII.

El Ciervo en la Fuente.

Un Ciervo se miraba
En una hermosa cristalina Fuente:
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente:
Pero al ver sus delgadas largas piernas
Al alto Cielo daba quejas tiernas.
¡O Dioses ¿á qué intento
A esta fabrica hermosa de cabeza
Construis su cimiento
Sin guardar proporcion en la belleza?
¡O

¡O qué pessar! ¡ó qué dolor profundo!
No aver gloria cumplida en este mundo!

Hablando de esta suerte
El Ciervo, vió venir á un Lebrel fiero.
Por evitar su muerte
Parte al espesso bosque muy ligero;
Pero el cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretegida.

Mas libre del apuro
A duras penas, dixo con espanto:
Si me veo seguro,
Pesse á mis cuernos, fue por correr tanto:
Lleve el Diablo lo hermoso de mis cuernos,
Haga mis feos pies el Cielo eternos.

Assi frecuentemente
El hombre se deslumbra con lo hermoso:

Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo mas dañoso:
Pero escarmiente ahora en tal cabeza.
El util bien es la mejor belleza.

FABULA XIV.

El Leon, y la Zorra.

Un Leon en otro tiempo poderoso,
Ya viejo, y achacoso,
En vano perseguia hambriento, y fiero
Al mamon Becerrillo, y al Cordero,
Que trepando por la aspera montaña
Huían libremente de su saña.
Afligido de la hambre á par de muerte
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su Palacio, y deseaba

Ser

Ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que lo postraba
Era un hambre voraz, tan solo usaba
La receta exquisita
De engullirse al *Monsieur* de la visita.
Acercase la Zorra de callada,
Y á la puerta assomada
Atisba muy de espacio
La entrada de aquel concavo Palacio.
El Leon la divisó, y en el momento
La dice: ven acá, pues que me siento
En el ultimo instante de mi vida,
Visitame como otros, mi querida.
¡Como otros! ha Señor: he conocido,
Que entraron sí, pero que no han salido.
Mirad, mirad la huella;
Bien claro lo dice ella:

Y no es bien el entrar dó no se sale.
La prudente cautela mucho vale.

FABULA XV.

La Cierva, y el Cervato.

A una Cierva decia
Su tierno Cervatillo: Madre mia:
¡Es possible que un Perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente,
Siendo él mucho menor menos pujante!
¿Por qué no has de ser tú mas arrogante?
Todo es cierto, hijo mio;
Y cuando assi lo pienso, desafio
A mis solas á veinte Perros juntos.
Figuróme luchando, y que difuntos
Dexo á los unos, que otros falleciendo,
Pisandose las tripas, van huyendo

En

En vano de la muerte,
Y á todos venzo de gallarda suerte.
Mas si embebida en este pensamiento
A un Perro ladrar siento,
Escapo mas ligera que un venablo,
Y mi victoria se la lleva el Diablo.

A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de Soldado;
Pues por mas que al mirarse la armadura
Piense en tiempo de paz, que su brabura
Herirá, matará cuanto acometa;
En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la Corza de la historia,
Mas que el Diablo se lleve la victoria.

FA-

FABULA XVI.

El Labrador, y la Cigueña.

Un Labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Porque Gansos, y Grullas
De su Trigo solian hacer pasto.
Armó sin mas tardanza
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigueña, las Grullas, y los Gansos.
Señor rustico, dixo
La Cigueña temblando,
Quiteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados:
La Diosa Ceres sabe,
Que lejos de hacer daño,

Lim-

Limpio de Sabandijas,
De Culebras, y Vivoras los Campos.
Nada me satisface,
Respondió el hombre airado:
Te hallé con delinquentes,
Con ellos morirás entre mis manos.

La inocente Cigueña
Tuvo el fin desgraciado,
Que pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.

FABULA XVII.

La Serpiente, y la Lima.

En casa de un Cerragero
Entró la Serpiente un dia,
Y la insensata mordia
En una Lima de acero.

Dixole la Lima: el mal
Necia será para tí,
¿Cómo has de hacer mella en mí
Que hago polvos el metal?

Quien pretende sin razon
Al mas fuerte derrivar,
No consigue sino dar
Coces contra el aguijon.

FABULA XVIII.

El Calvo, y la Mosca.

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un Anciano
Una Mosca insolente.
Quiso matarla, levantó la mano;
Tiró un cachete, pero fuesse salva,
Hiriendo el golpe la redonda calva.

Con

Con risa desmedida
La Mosca prorrumpió: Calvo maldito
Si quitarme la vida
Intentaste por un leve delito,
¿A qué pena condenas á tu brazo
Barbaro executor de tal porrazo?
Al que obra con malicia,
Le respondió el varon prudentemente,
Rigurosa justicia
Debe dar el castigo conveniente,
Y es bien exercitarse la clemencia
En el que peca por inadvertencia.
Sabe, Mosca villana,
Que coteja el agravio recibido
La condicion humana
Segun la mano de donde ha venido:
Que el grado de la ofensa tanto asciende
Cuanto sea mas vil aquel que ofende.

FABULA XIX.

Los dos Amigos, y el Oso.

A dos Amigos se aparece un Oso:
El uno muy medroso
En las ramas de un arbol se assegura:
El otro abandonado á la ventura
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, segun se cuenta,
De cadaveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra, y toca,
Huelele las narices, y la boca;
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento,
Y assi se fue diciendo sin recelo:
Este tan muerto está como mi Abuelo.

En-

Entonces el cobarde
De su grande amistad haciendo alarde,
Del arbol se desprende muy ligero.
Corre, llega, y abraza al compañero:
Pondera la fortuna
De haverlo hallado sin lesion alguna:
Y al fin le dice: sepas que he notado
Que el Oso te decia algun recado.
¿Qué pudo ser? diréte lo que ha sido:
Estas dos palabritas al oido:
Aparta tu amistad de la persona
Que si te vé en el riesgo, te abandona.

FABULA XX.

La Aguila, la Gata, y la Javalina

Una Aguila anidó sobre una Encina.
Al pie criaba cierta Javalina;

Y

Y era un hueco del tronco corpulento
De una Gata, y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del Aguila altanera,
Y con fingidas lagrimas la dice:
¿Hay misera de mí! hay infelice!
Este si que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tu misma vés, el dia passa
Ozando los cimientos de la casa.
La arruinará; y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos los devora.
Despues que dexó el Aguila asustada,
A la cueva se baxa de callada,
Y dice á la Cerdosa: buena amiga,
Has de saber que el Aguila enemiga,
Cuando saques tus crias ácia el monte,
Las ha de devorar; assi disponte.

Pen-

La Gata aparentando que temia
Se retiró á su Cuarto, y no salia
Sino de noche que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La Javalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La Aguila en el ramage temerosa
Haciendo centinela no reposa.
En fin á ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo viveres la Gata.

Jovenes: ojo alerta: gran cuidado;
Que un Chismoso en Amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y assi causan el mal sus añagazas.

LIBRO SEGUNDO.

FABULA PRIMERA.

El Leon con su Exercito.

A D. XAVIER MARIA
DE MUNIBE É IDIAQUEZ,
CONDE DE PEÑAFLORIDA,
DIRECTOR PERPETUO
DE LA REAL SOCIEDAD BASCONGADA
DE LOS AMIGOS DEL PAIS.

Mientras que con la espada en mar y tierra
Los ilustres Varones
Engrandecen su fama por la guerra
Sojuzgando Naciones,

Tu,

Tu, CONDE, con la pluma, y el arado
Ya enriqueces la Patria, ya la instruyes;
Y haciendo venturosos has ganado
El bien que buscas, y el laurel que huyes.
Con darte todo al bien de los humanos
No contento tu zelo,
Supo unir á los nobles Ciudadanos
Para felicidad del Patrio suelo.
La Hormiga codiciosa
Trabaja en Sociedad fructuosamente;
Y la Abeja oficiosa
Labra siempre ayudada de su gente.
Assi unes á los hombres laboriosos,
Para hacer sus trabajos mas fructuosos.
Aquel viaja observando
Por las Naciones cultas;
Este con experiencias vá monstrando
Las utiles verdades mas ocultas.

Cual cultiva los Campos, cual las Ciencias;
Y de diversos modos,
Juntando estudios, viages, y experiencias,
Resulta el bien en que trabajan todos.
¡En que trabajan todos! ya lo dixe:
Por mas que yo tambien sea contado.
El sabio PRESIDENTE que nos rige
Tiene aun á el mas inutil ocupado.
Darme, CONDE, querias un destino
Al contemplarme ocioso, é ignorante:
Era dificil; mas al fin tu tino
Encontró un genio en mí versificante.
A *Fedro*, y la *Fontayne* por modelos
Me pusiste á la vista,
Y hallaron tus desvelos
Que pudiera ensayarme á Fabulista.
Y pues viene al intento
Passemos al ensayo: vá de cuento.

El

El Leon Rey de los bosques poderoso
Quiso armar un Exercito famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al Elefante
Un Castillo con utiles; y encima
Rabiosos Lobos, que pusiessen grima.
Al Oso lo encargó de los assaltos,
Al Mono con sus gestos, y sus saltos
Mandó que al enemigo entretuviesse;
A la Zorra que diesse
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritò: la Liebre, y el Jumento,
Este por tardo, aquella por medrosa,
De estorbo servirán no de otra cosa.
¿De estorbo? (dixo el Rey) yo no lo creo.
En la Liebre tendremos un Correo:
Y en el Asno mis tropas un trompeta.
Assi quedó la Armada bien completa.

Tu retrato es el Leon, CONDE prudente,
Y si á tu imitacion, segun deseo,
Examinan los Gefes á su gente,
A todos han de dar util empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿avrá cucaña
Como no hallar ociosos en España?

FABULA XI.

La Lechera.

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cantaro al Mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que vá diciendo á todo el que lo advierte,
¡Yo si que estoi contenta con mi suerte!

Por-

Porque no apetecia
Mas compañia que su pensamiento,
Que alegre la ofrecia
Inocentes ideas de contento;
Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre sí de esta manera:
Esta leche vendida
En limpio me dará tanto dinero;
Y con esta partida
Un canasto de huevos comprar quiero,
Para sacar cien pollos que al Estio
Me rodeen cantando el *pio*, *pio*.
Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un Cochino,
Con Vellota, Salvado,
Verza, Castaña, engordará sin tino,
Tanto que puede ser que yo consiga
Ver como se le arrastra la varriga.

Llevarélo al Mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré de contado
Una robusta Baca, y un Ternero
Que salte, y corra toda la Campaña
Hasta el monte cercano á la Cabaña.
Con este pensamiento
Enagenada brinca de manera,
Que á su salto violento
El cantaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compassion! á Dios leche, dinero,
Huevos, Pollos, Lechon, Baca, y Ternero.
O loca fantasía
¡Qué Palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegria
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre su Cantarillo la esperanza.

No

No seas ambiciosa
De mejor, ó mas próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.

FABULA XXI.

El Asno sesudo.

Cierto Burro pacía
En la fresca, y hermosa pradería
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuesse entonces teatro de la guerra.
Su Dueño que con miedo lo guardaba
De centinela en la rivera estaba:

Di-

Divisa al Enemigo en la llanura;
Baxa, y al buen Borrico le conjura
Que huya precipitado.
El Asno muy sesudo, y reposado
Empieza á andar á passo perezoso.
Impaciente su Dueño, y temeroso
Con el marcial ruido
De belicas trompetas al oido,
Le exhorta con fervor á la carrera:
¡Yo correr! dixo el Asno, bueno fuera;
Que llegue enhorabuena Marte fiero:
Me rindo, y él me lleva prisionero.
¿Servir aqui, ó alli no es todo uno?
¿Me pondrán dos Albardas? no, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda,
Siempre seré un esclavo con Albarda.
No estuvo mas en sí, ni mas entero
Que el buen Pollino Amyclas el Barquero

Cuan-

Cuando en su humilde choza le despierta
Cesar con sus Soldados á la puerta,
Para que á la Calabria los guiasse.
¿Se podria encontrar quien no temblasse
Entre los poderosos
De insultos militares horrorosos
De la guerra enemiga?
No hay sino la pobreza que consiga
Esta gran exempcion: de aqui le viene,
Nada teme perder quien nada tiene.

FABULA IV.

El Zagal, y las Ovejas.

Apacentando un Joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:

Favor: que viene el Lobo, Labradores.
Estos abandonando sus labores
Acuden prontamente,
Y hallan que es una chanza solamente.
Buelve á clamar, y temen la desgracia:
Segunda vez los burla ¡linda gracia!
¿Pero qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera:
Entonces el Zagal se desgañita,
Y por mas que patea, llora, y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el Lobo le devora la manada.
¡Cuantas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!

FABULA V.

La Aguila, la Corneja, y la Tortuga.

A una Tortuga una Aguila arrebata:
La ladrona se apura, y desbarata
Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, á picotazos.
Viendola una Corneja en tal faena
La dice: en vano tomas tanta pena:
¿No ves que es la Tortuga cuya casa
Diente, Cuerno, ni Pico la traspassa,
Y si siente que llaman á su puerta
Se finge la dormida, sorda, ò muerta?
¿Pues qué he de hacer? remontarás tu vuelo;
Y en mirandote allá cerca del Cielo

La dexarás caer sobre un peñasco,
Y se hará una tortilla el duro casco.
La Aguila, porque diestra lo executa,
Y la Corneja astuta,
Por autora de aquella maravilla,
Juntamente comieron la tortilla.

¿Qué podrá resistirse á un poderoso
Guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente;
Y assi por escaparse de esta gente
Las descendientes de la tal Tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.

FA-

FABULA VI.

El Lobo, y la Cigueña.

Sin duda alguna que se huviera ahogado
Un Lobo con un huesso atragantado,
Si á la sazon no passa una Cigueña.
El paciente la vé: hacela seña;
Llega, y executiva
Con su pico geringa primitiva,
Cual diestro Cirujano
Hizo la operacion, y quedó sano.
Su salario pedia,
Pero el ingrato Lobo respondia:
¿Tu salario? pues qué mas recompensa
Que el no haverte causado leve ofensa,
Y dexarte vivir, para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes?

Mar-

Marchó por evitar una desdicha,
Sin decir *tus* ni *mus* la susodicha.

Haz bien, dice el provervio Castellano,
Y no sepas á quien; pero es muy llano,
Que no tiene razon ni por assomo;
Es menester saber á quien, y como.
El exemplo siguiente
Nos hará esta verdad mas evidente.

FABULA VII.

El Hombre, y la Culebra.

A una Culebra que de frio yerta
En el suelo yacía medio muerta
Un Labrador cogió; mas fue tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienhechor traidora mata.

FA-

FABULA VIII.

El Pajaro herido de una flecha.

Un Pajaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero,
Y de plumas ligeras,
Decia en su lenguage
Con amargas querellas:
¡O crueles humanos!
Mas crueles que fieras,
Con nuestras propias alas
Que la Naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjais el instrumento
De la desdicha nuestra,

Ha-

Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.

Pero no, no es estraño,
Que assi barbaros sean
Aquellos que en su ruina
Trabajan, y no cessan.
Los unos, y otros fraguan
Armas para la guerra:
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.

FABULA IX.

El Pescador, y el Pez.

Recoge un Pescador su red tendida,
Y saca un pececillo. Por tu vida,

Ex-

Exclamó el inocente prisionero,
Dame la libertad: solo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme mas grande que mi Abuelo.
Qué! ¿te burlas? ¿te ries de mi llanto?
Solo por otro tanto
A un hermanito mio
Un Señor Pescador lo tiró al Rio.
¿Por otro tanto al Rio? qué mania!
Replicó el Pescador, ¿pues no sabia
Que el refran Castellano
Dice: *mas vale pajaro en la mano...*?
A sartên te condeno; que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.

FABULA X.

El Gorrion, y la Liebre.

Un maldito Gorrion assi decia
A una Liebre, que una Aguila oprimia:
¿No eres tu tan ligera,
Que si el Perro te sigue en la carrera,
Lo acarician, y alaban como al cabo
Acerque sus narices á tu rabo?
Pues empieza á correr: ¿qué te detiene?
De este modo la insulta; cuando viene
El diestro Gabilan, y lo arrebata.
El presso chilla; el prendedor lo mata;
Y la Liebre exclamó: bien merecido.
¿Quién te mandó insultar al afligido?
Y á mas, á mas meterte á consejero,
No sabiendo mirar por tí primero?

FA-

FABULA XI.

Jupiter, y la Tortuga.

A las bodas de Jupiter estaban
Todos los Animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba á tan grande concurrencia
Ni aun la reptil, y mas lejana Oruga,
Cuando llega muy tarde, y con paciencia,
A passo perezoso la Tortuga:
Su tardanza reprehende el Dios airado,
Y ella le respondió sencillamente:
¿Si es mi casita mi retiro amado,
Cómo podré dexarla prontamente?
Por tal disculpa Jupiter tonante
Olvidando el indulto de las fiestas,

La ley del Caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre á cuestas.

Gentes machuchas hai que hacen alarde
De que aman su retiro con excesso;
Pero á su obligacion acuden tarde:
Viven como el Raton dentro del queso.

FABULA XXI.

El Charlatan.

Si cualquiera de Ustedes
Se dá por las paredes,
O arroja de un tejado,
Y queda á buen librar descostillado,
Yo me reiré muy bien: importa un pito,
Como tenga mi balsamo exquisito.

Con

Con esta relacion un Chacharero
Gana mucha opinion, y mas dinero;
Pues el vulgo pendiente de sus labios
Mas quiere á un Charlatan, que á veinte Sabios.
Por esta conveniencia
Los hai el dia de hoi en toda ciencia,
Que ocupan igualmente acreditados
Catedras, Academias, y Tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
Doctor en elocuencia; tan copioso
En charlataneria,
Que ofreció enseñaria
A hablar discreto con facundo pico
En diez años de termino á un Borrico.
Sabelo el Rey: lo llama; y al momento
Le manda dé lecciones á un Jumento;
Pero bien entendido,
Que sería, cumpliendo lo ofrecido

Ri-

Ricamente premiado,
Mas cuando no, que moriria ahorcado.
El Doctor assegura nuevamente
Sacar un Orador Asno elocuente.
Dicele callandito un Cortesano:
Escuche buen hermano,
Su frescura me espanta:
A Cañamo me huele su garganta.
No temais, Señor mio,
Respondió el Charlatan, pues yo me rio.
¿En diez años de plazo que tenemos,
El Rey, el Asno, ó yo no moriremos?

Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte,
Que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

FA-

FABULA XIII.

El Milano, y las Palomas.

A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguia en vano:
Mas él á todas horas
Servia de Lacayo á estas Señoras.
Un dia en fin hambriento, é ingenioso
Assi las dice: ¿amais vuestro reposo,
Vuestra seguridad, y conveniencia?
Pues creedme en mi conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la vanda por Rey me aclama luego,
A tenerla en sosiego,
Sin que de garra, ó pico tema agravio:
Pues tocante á la paz seré un Octavio.

Las

Las sencillas Palomas consintieron:
Aclamanlo por Rey: *viva*, dixeron,
Nuestro Rey el Milano.
Sin esperar á mas este tirano
Sobre un vasallo misero se planta:
Dexalo con el *viva* en la garganta;
Y continuando assi sus tiranias
Acabó con el Reyno en cuatro dias.

Quien al poder se acoja de un malvado
Será en vez de feliz un desdichado.

FABULA XIV.

Las dos Ranas.

Tenian dos Ranas
Sus pastos vecinos:

Una

Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierto dia á esta
Aquella le dixo:
¡Es creible, amiga,
De tu mucho juicio,
Que vivas contenta
Entre los peligros,
Donde te amenazan,
Al passo preciso,
Los pies, y las ruedas
Riesgos infinitos!
Dexa tal vivienda:
Muda de destino:
Sigue mi dictamen,
Y vente conmigo.
En tono de mofa,
Haciendo mil mimos,

Respondió á su amiga:
¡Excelente aviso!
¡A mi novedades!
Baya ¡qué delirio!
Esso si que fuera
Darme el Diablo ruido.
¡Yo dexar la casa,
Que fue domicilio
De Padres, Abuelos,
Y todos los mios,
Sin que haya memoria
De haver sucedido
La menor desgracia
Desde luengos siglos!
Allá te compongas;
Mas ten entendido,
Que tal vez sucede
Lo que no se ha visto.

Lle-

Llegó una Carreta
A este tiempo mismo,
Y á la triste Rana
Tortilla la hizo.

Por hombres de seso
Muchos hai tenidos,
Que á nuevas razones
Cierran los oidos.
Recibir consejos
Es un desvarío.
La rancia costumbre
Suele ser su libro.

FABULA XV.

El Parto de los Montes.

Con varios ademanes horrorosos
Los Montes de parir dieron señales:

Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos mas fatales.
Despues que con bramidos espantosos
Infundieron pavor á los mortales,
Estos Montes, que al Mundo estremecieron,
Un Ratoncillo fue lo que parieron.

Hay Autores, que en voces mysteriosas,
Estilo fanfarron, y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele á menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Despues de tanto ruido, solo viento.

FABULA XVI.

Las Ranas pidiendo Rey.

Sin Rey vivia, libre, independente
El pueblo de las Ranas felizmente.

La

La amable libertad sola reynaba
En la inmensa laguna que habitaba:
Mas las Ranas al fin un Rey quisieron:
A Jupiter excelso lo pidieron.
Conoce el Dios la suplica importuna,
Y arroja un Rey de palo á la laguna:
Debió de ser sin duda buen pedazo;
Pues dió su Magestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza al Reyno todo.
Cada cual se zambulle en agua, ó lodo,
Y quedan en silencio tan profundo,
Cual sino huviesse Ranas en el Mundo.
Una de ellas assoma la cabeza,
Y viendo á la real pieza,
Publíca que el Monarca es un Zoquete.
Congregase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rey; que aquel no es bueno.

El

El Padre de los Dioses irritado
Embia á un Culebron, que á diente airado
Muerde, traga, castiga,
Y á la misera Grey al punto obliga
A recurrir al Dios humildemente.
Padeced, les responde, eternamente,
Que assi castigo á aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina.

FABULA XVII.

El Asno, y el Cavallo.

¡Ha! quién fuesse Cavallo!
Un Asno melancolico decia:
Entonces si que nadie me veria
Flaco, triste, y fatal como me hallo.
Tal vez un Cavallero
Me mantendria ocioso, y bien comido;
Dan-

Dandose su Merced por muy servido,
Con corbetas, y saltos de Carnero.

Tratanme ahora como vil y bajo:
De risa sirve mi contraria suerte:
Quien me apalea mas, mas se divierte;
Y menos como, cuando mas trabajo.

No es posible encontrar sobre la tierra
Infeliz como yo. Tal se juzgaba,
Cuando al Cavallo vé como passaba
Con su ginete, y armas á la guerra.

Entonces conoció su desatino;
Rióse de corbetas, y regalos,
Y dixo: que trabage, y lluevan palos,
No me saquen los Dioses de Pollino.

FABULA XVIII.

El Cordero, y el Lobo.

Uno de los Corderos mamantones,
Que para los glotones
Se crian sin salir jamás al prado,
Estando en la Cabaña muy cerrado,
Vió por una rendija de la puerta,
Que el cavallero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasion de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se mirába,
Assi lo provocaba:
Sepa usted, Seor Lobo, que estoy preso,
Porque sabe el Pastor que soy travieso;
Mas si él no fuesse bobo,
No havria ya en el Mundo ningun Lobo.

Pues

Pues yo corriendo libre por los Cerros,
Sin Pastores, ni Perros,
Con sola mi pujanza, y valentia
Contigo, y con tu raza acabaria.
A Dios, exclamó el Lobo, mi esperanza
De regalar á mi vacia panza.
Cuando este miserable me provoca
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el Cielo de ladrones.

Assi son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Mas valentones, cuanto mas medrosos.

FABULA XIX.

Las Cabras, y los Chibos.

Desde antaño en el Mundo
Reyna el vano deseo
De parecer iguales
A los grandes Señores los plebeyos.
Las Cabras alcanzaron,
Que Jupiter excelso
Les diesse barba larga
Para su autoridad, y su respeto.
Indignados los Chibos
De que su privilegio
Se extendiesse á las Cabras,
Lampiñas con razon en aquel tiempo;
Sucedió la discordia,
Y los amargos zelos

A

A la paz Octaviana,
Con que fue governado el barbon pueblo.
Jupiter dixo entonces,
Acudiendo al remedio:
¿Qué importa que las Cabras
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor ignominia
De su vano deseo
Siempre que no igualaren
En fuerzas, y valor á vuestro cuerpo?

El merito aparente
Es digno de desprecio;
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.

FABULA XX.

El Cavallo, y el Ciervo.

Perseguia un Cavallo vengativo
A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.

El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo, y lograr assi su intento,
Al hombre le pidió su valimiento,
Para tomar del ofensor venganza.

Consiente el hombre; y el Cavallo airado
Sale con su ginete á la campaña:
Corre con direccion; sigue con maña;
Y queda al fin del ofensor vengado.

Muestrase al bienhechor agradecido:
Quiere marcharse libre de su peso:

Mas

Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.

El Cavallo que suelto, y rozagante
En el frondoso bosque, y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sugecion desde esse instante.
Oprimido del yugo ara la tierra:
Passa tal vez la vida mas amarga:
Sufre la silla, freno, espuela, carga;
Y aguanta los horrores de la guerra.
En fin perdió la libertad amable,
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.

LIBRO TERCERO.

FABULA PRIMERA.

La Aguila, y el Cuervo.

A D. THOMAS DE YRIARTE.

En mis versos, YRIARTE,
Ya no quiero mas arte,
Que poner á los tuyos por modelo.
A competir anhelo
Con tu Numen, que el sabio Mundo admira,
Si me prestas tu Lyra,
Aquella en que tocaron dulcemente
Musica, y *Poesia juntamente.*

Es-

Esto no puede ser: ordena Apolo,
Que digno solo tu, la pulses solo.
¿Y por qué solo tú? ¿pues cuando menos
No he de hacer versos faciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poetico aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinasses,
Y desde alli cantasses:
Risco tramonto de epoca altanera.
Gongora que te siga, te dixera.
Pero si vás marchando por el llano,
Cantandonos en verso Castellano
Cosas claras, sencillas, naturales;
Y todas ellas tales,
Que aun aquel que no entiende Poesia
Dice: *esso yo tambien me lo diria*;
¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
Antes que tú trepar por el Parnaso?

No

No imploras las Sirenas, ni las Musas:
Ni de Numenes usas:
Ni aun siquiera confias en Apolo.
A la naturaleza imploras solo;
Y ella sábia te dicta sus verdades.
Yo te imito: no invoco á las Deidades;
Y por mejor consejo,
Sea mi sacro Numen cierto viejo.
Esopo digo. Dictame, machucho,
Una de tus patrañas, que te escucho.

Una Aguila rapante,
Con vista perspicaz, rapido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al Cielo,
Arrebató un Cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un Carnero
En el vellon sus uñas hacen presa:

Que-

Queda enredado entre la lana espessa,
Como pajaro en liga prisionero.
  Hacen de él los Pastores vil juguete,
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla, y el desprecio
El Cuervo que á ser Águila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente assi me desengaña.
Essa facilidad, essa destreza,
Con que arrebató el Aguila su pieza,
Fue la que engañó al Cuervo, pues creía
Que otro tanto á lo menos él haria.
¿Mas que logró? servirme de escarmiento;
Ojala! que sirviesse á mas de ciento,
Poetas de mal gusto inficionados;
Y dixessen, cual yo, desengañados:

El Aguila eres tu, divino YRIARTE,
Ya no pretendo mas sino admirarte:
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria;
Y no sea yo el Cuervo de la historia.

FABULA II.

Los Animales con peste.

En los Montes, los Valles, y Collados
De Animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Alli donde su Corte el Leon tenia
Mirando cada dia
Las cazerias, luchas, y carreras
De mansos Brutos, y de Bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos
De enfermos miserables, y de muertos.

Mis

Mis amados hermanos:
Exclamó el triste Rey, mis cortesanos:
Ya veis que el justo Cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga.
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel mas delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiesse todo el Mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes Corderos,
Ya Bacas, ya Terneros;
Y he sido á fuerza de delito tanto
De la selva terror, del bosque espanto.
Señor: dixo la Zorra, en todo esso
No se halla mas excesso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna

De los viles, cornudos Animales
Los sacros dientes, y las uñas reales.
Tratò la Corte al Rey de escrupuloso.
Alli del Tigre, de la Onza, y Oso
Se oyeron confessiones
De robos, y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Passaron por escrupulos de Monja.
El Asno sin embargo muy confuso
Prorrumpió: yo me acuso
Que al passar por un trigo este verano,
Yo hambriento, y él lozano,
Sin guarda, ni testigo
Caí en la tentacion; comí del trigo.
¡Del trigo! y un Jumento!
Gritó la Zorra, horrible atrevimiento!
Los Cortesanos claman: este, este
Irrita al Cielo, que nos dá la Peste.

Pro-

Pronuncia el Rey de muerte la sentencia;
Y executóla el Lobo á su presencia.

Te juzgarán virtuoso,
Si eres aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuando te miran pobre, miserable.
Esto hallará en la Corte, quien la vea;
Y aun en el Mundo todo. ¡Pobre Astrea!

FABULA XXI.

El Milano enfermo.

Un Milano despues de haver vivido
Con la conciencia peor que un foragido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente

Ni

Ni á Galeno, ni á Hipocrates leía,
A bulto conoció que se moria.
A los Dioses desea ver propicios,
Y ofrecerles entonces sacrificios
Por medio de su madre, que afligida
Rogaria sin duda por su vida.
Mas esta le responde: desdichado,
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los Dioses clemencia,
Si en vez de darles culto, y reverencia,
Ni aun perdonaste á victima sagrada
En las Aras divinas imolada?

Assi queremos irritando al Cielo,
Que en la tribulacion nos dé consuelo.

FA-

FABULA XV.

El Leon envegecido.

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido
Estaba ya postrado
Un viejo Leon del tiempo consumido;
Tanto mas infeliz, y lastimoso,
Cuanto havia vivido mas dichoso.
Los que cuando valiente
Humildes le rendian vassallage;
Al verlo decadente,
Acuden á tratarlo con ultrage;
Que como la experiencia nos enseña,
De arbol caido todos hacen leña.
Cebados á porfia
Lo sitiaban sangrientos, y feroces.

El

El Lobo le mordia:
Tirabale el Cavallo fuertes cozes.
Luego le daba el Toro una cornada;
Despues el Javalí su dentellada.
Sufrió constantemente
Estos insultos; pero reparando
Que hasta el Asno insolente
Iba á ultrajarle, falleció clamando:
Esto es doble morir: no hay sufrimiento,
Porque muero injuriado de un Jumento.

Si en su mudable vida
Al hombre la fortuna ha derribado
Con misera caida
Desde donde lo havia ella encumbrado;
¿Qué ventura en el Mundo se promete,
Si aun de los viles llega á ser juguete?

FA-

FABULA V.

La Zorra, y la Gallina.

Una Zorra cazando,
De corral en corral iba saltando;
A favor de la noche en una Aldea
Oye al Gallo cantar: maldito sea.
Agachada, y sin ruido,
A merced del olfato, y del oido,
Marcha, llega, y oliendo á un agugero,
Este es, dice, y se cuela al gallinero.
Las Aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesta como Niño en cuna
Enferma gravemente.
Mirandola la Zorra astutamente,
La pregunta: ¿qué es esso pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿tienes pepita?

Habla; ¿cómo lo passas desdichada?
La enferma le responde apresurada:
Muy mal me vá, Señora, en este instante;
Muy bien, si Usted se quita de delante.

Cuantas veces se vende un Enemigo,
Como Gato por Liebre, por Amigo.
Al oir su fingido cumplimiento,
Respondierale yo para escarmiento:
Muy mal me vá, Señor, en este instante;
Muy bien, si Usted se quita de delante.

FABULA VI.

La Cierva, y el Leon.

Mas ligera que el viento
Precipitada huía
Una inocente Cierva

De

De un Cazador seguida.
En una obscura gruta,
Entre espessas Encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
¡Mas hay! que un Leon sañudo,
Que alli mismo tenia
Su albergue, y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento á su vida.

Si al evitar los riesgos
La razon no nos guia,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caida.

FABULA VII.

El Leon enamorado.

Amaba un Leon á una Zagala hermosa:
Pidióla por esposa
A su Padre Pastor urbanamente.
El hombre temeroso, mas prudente
Le respondió: Señor, en mi conciencia,
Que la Muchacha logra conveniencia;
Pero la pobrecita acostumbrada
A no salir del prado, y la majada,
Entre la mansa Oveja, y el Cordero,
Recelará tal vez, que seas fiero.
No obstante, bien podremos, si consientes,
Cortar tus uñas, y limar tus dientes;
Y assi verá que tiene tu grandeza
Cosas de Magestad, no de fiereza.

Con-

Consiente el manso Leon enamorado,
Y el buen hombre lo dexa desarmado:
Dá luego su silvido:
Llegan el *Matalobos*, y *Atrevido*,
Perros de su Cabaña; de esta suerte
Al indefenso Leon dieron la muerte.

Un cuarto apostaré á que en este instante
Dice, hablando del Leon, algun Amante,
Que de la misma muerte haria gala,
Con tal que se la diesse la Zagala.
Dexa, Fabio, al Amor, dexalo luego;
Mas hablo en vano, porque siempre ciego
No ves el desengaño,
Y assi te entregas á tu propio daño.

FABULA VIII.

Congresso de los Ratones.

Desde el gran *Zapiron el blanco*, y *rubio*,
Que despues de las aguas del Diluvio
Fue Padre universal de todo Gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien mas sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que obligada
De su persecucion la desdichada,
En *Ratopolis* tuvo su Congresso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascavel, y de essa suerte
Al ruido escaparian de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno.
¿Quién lo ha de executar? esso ninguno.

Yo

Yo soy corto de vista. Yo muy viejo.
Yo gotoso, decian. El Concejo
Se acabó como muchos en el Mundo.
Proponen un proyecto sin segundo:
Lo aprueban: hacen otro. ¡Qué portento!
¿Pero la execucion? aí está el cuento.

FABULA XX.

El Lobo, y la Oveja.

Cruzando Montes, y trepando Cerros,
Aqui mato, alli robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los Perros.
Mordido, y arrastrado
Fue de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente:
Mas invalido al fin, y derrotado.

Iba

Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo passo le afligia;
Pero como cazar aun no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.
Una Oveja passaba, y él la dice:
Amiga, ven acá: llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la Oveja recelosa,
Dime pues una cosa:
¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un Pollito?
Anda, que te conozco marrullero.
Assi dixo, y se fue, sino la mata.
¡Cuánto importa saber con quien se trata!

FA-

FABULA X.

El Hombre, y la Pulga.

Oye, Jupiter Sumo, mis querellas,
Y haz disparando rayos, y centellas,
Que muera este animal vil, y tirano,
Plaga fatal para el linage humano;
Y si vos no lo haceis, Hercules sea
Quien acabe con él, y su ralea.
Este es un hombre que á los Dioses clama,
Porque una Pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Jupiter, y Hercules consiga,
De éste, que viva despulgando sayos;
De aquel, matando Pulgas con sus rayos.

Tenemos en el Cielo los mortales
Recurso en las desdichas, y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente,
Por lograr un antojo impertinente.

FABULA XI.

El Cuervo, y la Serpiente.

Pilló el Cuervo dormida á la Serpiente,
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. Sepa el cuento
Quien sigue á su apetito incautamente.

FABULA XII.

El Asno, y las Ranas.

Muy cargado de leña un Burro viejo,
Triste armazon de huesos, y pellejo,
Pen-

Pensativo, segun lo cabizbajo,
Caminaba llevando con trabajo
Su debil fuerza la pesada carga.
El passo tardo; la carrera larga;
Todo al fin contra el misero se empeña,
El camino, los años, y la leña.
Entra en una Laguna el desdichado,
Queda profundamente empantanado.
Viendose de aquel modo,
Cubierto de agua, y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dixo neciamente
Expressiones agenas de sus canas;
Mas las vecinas Ranas
Al oir sus lamentos, y quexidos,
Las unas se tapaban los oidos;
Las otras que prudentes lo escuchaban,
Reprehendianle assi, y aconsejaban:

Aprenda el mal Jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la Laguna
Ha de encontrar leccion muy oportuna.
Por Jupiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espesso;
Y á mas de todo esso
Aqui perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra;
Cruzar el anchuroso Mar profundo;
Ni aun saber lo que passa por el Mundo.
Mas llevamos á bien nuestro destino;
Y assi nos premia Jupiter divino,
Repartiendo entre todas cada dia
La salud, el sustento, y alegria.

Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia;

Pues

Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal mas amargo que la muerte.

FABULA XIII.

El Asno, y el Perro.

Un Perro, y un Borrico caminaban
Sirviendo á un mismo Dueño:
Rendido éste del sueño
Se tendió sobre el prado que passaban.
El Borrico entretanto aprovechado
Descansa, y pace; mas el Perro hambriento,
Baxate, le decia, buen Jumento,
Pillaré de la alforja algun bocado.
El Asno se le aparta como en chanza:
El Perro sigue al lado del Borrico,
Levantando las manos, y el ocico,
Como Perro de ciego cuando danza.

No seas bobo, el Asno le decia:
Espera á que nuestro Amo se despierte,
Y será de essa suerte
El hambre mas, mejor la compañia.

Desde el bosque entretanto sale un Lobo:
Pide el Asno favor al Compañero:
En lugar de ladrar el marrullero
Con fisga respondió: *no seas bobo*:

Espera á que nuestro Amo se despierte,
Que pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia,
Al ver al Lobo que te dá la muerte.

El Pollino murió: no hay que dudarlo;
Mas si resucitára,
Corriendo el Mundo á todos predicára:
Prestad auxilio, si quereis hallarlo.

FABULA XIV.

El Leon, y el Asno cazando.

Su Magestad Leonesa en compañia
De un Borrico se sale á monteria.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo Leon una enramada,
Mandó al Asno, que en ella se ocultasse,
Y que de tiempo en tiempo rebuznasse,
Como trompa de caza en el ogeo.
Logró el Rey su deseo,
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los Montes, y Valles repetian,
A su selvoso albergue se bolvian
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente;

Y en su cobarde huida
En las garras del Leon pierden la vida.
Cuando el Asno se halló con los despojos
De evoradas fieras á sus ojos,
Dixo : par diez si llego mas temprano,
A ningun muerto dexo hueso sano.
A tal fanfarronada
Soltó el Rey una grande carcajada;
Y es que jamás convino
Hacer del Andaluz al Vizcaino.

FABULA XV.

El Charlatan, y el Rustico.

Lo que jamás se ha visto, ni se ha oido
Verán Ustedes : atencion les pido.
Assi decia un Charlatan famoso,
Cercado de un concurso numeroso.

En

En efecto: quedando todo el Mundo
En silencio profundo,
Remedó á un Cochinillo de tal modo,
Que el auditorio todo
Creyendo que lo tiene, y que lo tapa,
Atumultuado grita: *fuera capa.*
Descubrióse; y al ver que nada havia,
Con vitores lo aclaman á porfia.
Par diez, dixo un Patan, que yo prometo
Para mañana, hablando con respeto,
Hacer el Puerco mas perfectamente;
Sino, que me lo claven en la frente.
Con risa prometió la concurrencia
A burlarse del Payo su assistencia.
Llegó la hora: todos acudieron:
No bien al Charlatan gruñir oyeron
Gentes á su favor preocupadas,
Viva, dicen, al son de las palmadas.

Sube despues el Rustico al tablado
Con un bulto en la capa; y embozado
Imita al Charlatan en la postura
De fingir, que un Lechon tapar procura;
Mas estaba la gracia, en que era el bulto
Un Marranillo que tenia oculto.
Tirale callandito de la oreja:
Gruñendo en tiple, el animal se queja;
Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
Aqui se oía un *fuera*, alli un silvido,
Y todo el Mundo queda
En que es el otro quien mejor remeda.
El Rustico descubre su Marrano:
Al Público lo enseña, y dice ufano:
¿Assi juzgan Ustedes?
¡O preocupacion, y cuánto puedes!

LIBRO CUARTO.

FABULA PRIMERA.

La Mona corrida.

EL AUTOR A SUS VERSOS.

Fieras, Aves, y Peces
Corren, vuelan, y nadan,
Porque Jupiter Sumo
A general congresso á todos llama.
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel cuya prole
En hermosura lleve la ventaja.
El alto regio Trono
La multitud cercaba,

Cuando en la concurrencia
Se sentia decir: *la Mona falta.*
Ya llega: dixo entonces
Una habladora Urraca,
Que como centinela,
En la alta punta de un Ciprés estaba.
Entra rompiendo filas
Con su Cachorro ufana,
Y ante el excelso Trono
El premio pide de hermosura tanta.
El Dios Jupiter quiso
Al ver tan fea traza,
Disimular la risa,
Pero se le soltó la carcajada.
Armóse en el concurso
Tal bulla, y algazara,
Que corrida la Mona
A Tetuan se bolvió desengañada.

¿Es

¿Es creible, Señores,
Que yo mismo pensára
En consagrar á Apolo
Mis versos, como dignos de su gracia?
Cuando por mi fortuna,
Me encontré esta mañana
Continuando mi Obrilla,
Este cuento moral, esta patraña;
Yo dixe á mi capote,
¡Con qué chiste, qué gracia,
Y qué vivos colores
El jorobado Esopo me retrata!
Mas ya mis producciones
Miro con desconfianza,
Porque aprendo en la Mona
Cuanto el ciego amor propio nos engaña.

FABULA XI.

El Asno, y Jupiter.

No sé como hay Jumento,
Que teniendo un adarme de talento,
Quiera meterse á Burro de Hortelano.
Llevo á la Plaza desde muy temprano
Cada dia cien cargas de verdura:
Buelvo con otras tantas de basura;
Y para minorar mi pesadumbre,
Un Criado me azota por costumbre.
Mi vida es esta, ¿qué será mi muerte,
Como no mude Jupiter mi suerte?
Un Asno de este modo se quexaba.
El Dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un Tejero.
Esta vida, decia, no la quiero:

Del

Del peso de las tejas oprimido,
Bien azotado, pero mal comido,
A Jupiter me voy, con el empeño
De lograr nuevo Dueño.
Embiólo á un Curtidor: entonces dice:
Aun con este Amo soy mas infelice.
Cargado de pellejos de difunto
Me hace correr sin sosegar un punto,
Para matarme sin llegar á viejo,
Y curtir al instante mi pellejo.
Jupiter, por no oir tan largas quejas,
Se tapó lindamente las orejas;
Y á nadie escucha desde el tal Pollino,
Si le habla de mudanza de destino.

Solo en verso se encuentran los dichosos,
Que viven ni embidiados, ni embidiosos.
La Espada por feliz tiene al Arado,

Co-

Como el Remo á la Pluma, y al Cayado;
Mas se tienen por miseros en suma
Remo, Espada, Cayado, Esteva, y Pluma.
¿Pues á qué estado el hombre llama bueno?
Al propio nunca; pero si al ageno.

FABULA XIX.

El Cazador, y la Perdiz.

Una Perdiz en zelo reclamada
Vino á ser en la red aprisionada.
Al Cazador la misera decia:
Si me dás libertad, en este dia
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por esse campo estenderé mi vuelo:
Juntaré á mis amigas en vandada,
Que guiaré á tus redes engañada,

Y tendrás sin costarte dos ochavos
Doce Perdices como doce Pavos.
¡Engañar, y vender á tus amigas!
¿Y assi crees que me obligas?
Respondió el Cazador, pues no Señora:
Muere, y paga la pena de traidora.

La Perdiz fue bien muerta: no es dudable.
La traicion, aun soñada, es detestable.

FABULA XV.

El Viejo, y la Muerte.

Entre montes por aspero camino,
Tropezando con una, y otra peña,
Iba un Viejo cargado con su leña
Maldiciendo su misero destino.

Al fin cayò, y viendose de suerte
Que apenas levantarse ya podia;
Llamaba con colerica porfia
Una, dos, y tres veces á la Muerte.
Armada de Guadaña en esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto;
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno mas de terror que de respeto,
Tremulo la decia, y balbuciente:
Yo .... Señora .... os llamé desesperado;
Pero .... ¿acaba qué quieres desdichado?
Que me cargueis la leña solamente.

Tenga paciencia quien se cree infelice,
Que aun en la situacion mas lamentable
Es la vida del hombre siempre amable:
El Viejo de la leña nos lo dice.

FA-

FABULA V.

El Enfermo, y el Medico.

Un miserable enfermo se moria,
Y el Medico importuno le decia:
Usted se muere: yo se lo confiesso;
Pero por la alta ciencia que professo,
Conozco, y le asseguro firmemente,
Que ya estuviera sano,
Si se huviesse acudido mas temprano
Con el benigno clyster detergente.
El triste enfermo, que lo estaba oyendo,
Bolvió la espalda al Medico, diciendo:
Señor Galeno: su consejo alabo.
Al Asno muerto la cebada al rabo.

Todo varon prudente
Aconseja en el tiempo conveniente;

Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde.

FABULA VI.

La Zorra, y las Uvas.

Es voz comun, que á mas del medio dia
En ayunas la Zorra iba cazando:
Halla una parra; quedase mirando
De la alta vid el fruto que pendia.

Causabale mil ansias, y congojas
No alcanzar á las Uvas con la garra,
Al mostrar á sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes ojas.

Miró, saltó, y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entonces fue cuando la Zorra dijo:
No las quiero comer: *No están maduras.*

No

No por esso te muestres impaciente,
Si te se frustra, Fabio, algun intento:
Aplica bien el cuento;
Y dí: *No están maduras*, frescamente.

FABULA VII.

La Cierva, y la Viña.

Huyendo de enemigos Cazadores
Una Cierva ligera,
Siente ya fatigada en la carrera
Mas cercanos los Perros, y Ogeadores.
No viendo la infeliz algun seguro,
Y vecino parage
De gruta, ó de ramage,
Crece su timidez, crece su apuro.
Al fin sacando fuerzas de flaqueza,
Continua la fuga presurosa:

Ha-

Halla al passo una Viña muy frondosa,
Y en lo espesso se oculta con presteza.
Cambia el susto, y pesar en alegria,
Viendose á paz, y á salvo en tan buen hora.
Olvida el bien; y de su defensora
Los frescos verdes pampanos comia.
Mas hay! que de esta suerte
Quitando ella las ojas de delante,
Abrió puerta á la flecha penetrante,
Y el listo Cazador le dió la muerte.

Castigó con la pena merecida
El justo Cielo á la Cierva ingrata.
¿Mas qué puede esperar el que maltrata
Al mismo que le está dando la vida.

FA-

FABULA VIII.

El Asno cargado de Reliquias.

De Reliquias cargado
Un Asno recibia adoraciones,
Como si á él se huviessen consagrado,
Reverencias, inciensos, y oraciones.
En lo vano, lo grave, y lo severo
Que se manifestaba
Huvo quien conoció que se engañaba,
Y le dixo: Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura;
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento,
No es dirigido á vos, Señor Jumento,
Que solo vá en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas.

Cuan-

Cuando un hombre sin merito estuviere
En elevado empleo, ó gran riqueza,
Y se ensoberveciere,
Porque todos le baxan la cabeza;
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
Señor Jumento, no se engria tanto,
Que si besan la Peana, es por el Santo.

FABULA XX.

Los dos Machos.

Dos Machos caminaban: el primero
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascaveles.
El segundo desnudo de oropeles,

Con

Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente,
Seguia de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Assieron de la rienda al arrogante:
El se defiende; ellos le maltratan;
Y despues que el dinero le arrebatan,
Huyen; y dice entonces el segundo:
Si á estos riesgos exponen en el Mundo
Las riquezas; no quiero, á fé de Macho,
Dinero, cascaveles, ni penacho.

FABULA X.

El Cazador, y el Perro.

Mustafá, Perro viejo
Lebrel, en monteria exercitado,

Y de antiguas heridas señalado
A colmillo, y á cuerno su pellejo,
Seguia á un Javalí sin esperanza
De poderlo alcanzar; pero no obstante
Aguzandolo su Amo á cada instante,
A duras penas Mustafá lo alcanza.
El Cerdoso valiente
No escuchaba recados á la oreja;
Y assi su resistencia no le dexa
Cebar al Perro su cansado diente:
Con airado colmillo lo rechaza,
Y bufando se marcha victorioso.
El Cazador furioso
Reniega del Lebrel, y de su raza.
Viejo estoy, le responde, ya lo veo:
Mas dí ¿sin Mustafá cuando tuvieras
Las pieles, y cabezas de las fieras
En tu casa de abrigo, y de trofeo?

Mi-

Miras á lo que soy, no á lo que he sido.
¡O suerte desgraciada!
Presente tienes mi vegez cansada,
Y mis robustos años en olvido.
¿Mas para qué me mato,
Si no he de conseguir cosa ninguna?
Es ladrar á la Luna
El alegar servicios al ingrato.

FABULA XI.

La Tortuga, y la Aguila.

Una Tortuga á una Aguila rogaba
La enseñasse á volar: assi la hablaba:
Con solo que me dés cuatro lecciones
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontando el vuelo
Por medio de los ayres hasta el Cielo,

Veré cercano al Sol, y las Estrellas,
Y otras cien cosas bellas:
Ya rápida baxando,
De Ciudad en Ciudad iré passando;
Y de este facil delicioso modo
Lograré en pocos dias verlo todo.
La Aguila se rió del desatino;
La aconseja que siga su destino,
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso assi la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La Reyna de las Aves prontamente
La arrebata, la lleva por las nubes,
Mira, la dice, mira como subes.
Y al preguntarla, digo: ¿vás contenta?
Se la dexa caer, y se rebienta.

Para que assi escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.

FA-

FABULA XIX.

El Leon, y el Raton.

Estaba un Ratoncillo aprisionado
En las garras de un Leon: el desdichado
En la tal Ratonera no fue preso
Por ladron de tocino, ni de queso;
Sino porque con otros molestaba
Al Leon que en su retiro descansaba.
Pide perdon llorando su insolencia;
Al oir implorar la Real clemencia,
Responde el Rey en magestuoso tono:
No dixera mas Tito: te perdono.
Poco despues cazando el Leon tropieza
En una red oculta en la maleza:
Quiere salir; mas queda prisionero:
Atronando la selva ruge fiero.

El

El libre Ratoncillo que lo siente,
Corriendo llega : roe diligente
Los nudos de la red de tal manera,
Que al fin rompió los grillos de la Fiera.

Conviene al Poderoso
Para los infelices ser piadoso;
Tal vez se puede ver necessitado
Del auxilio de aquel mas desdichado.

FABULA XXXI.

Las Liebres, y las Ranas.

Asustadas las Liebres de un estruendo
Echaron á correr todas diciendo:
A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto.

Lle-

Llegan á una Laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver á tanta Rana que asustada
A las aguas se arroja á su llegada;
Ola, dixo una Liebre, ¿con que hay otras
Tan timidas, que aun tiemblan de nosotras?
Pues suframos como ellas el destino.
Conocieron sin mas su desatino.

Assi la suerte adversa es tolerable
Comparada con otra miserable.

FABULA XIV.

El Gallo, y el Zorro.

Un Gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,

Pa-

Pacifico, y seguro
Sobre un arbol oía las razones
De un Zorro muy cortés, y muy atento,
Mas elocuente, cuanto mas hambriento.
 Hermano, le decia,
Ya cessó entre nosotros una guerra,
Que cruel repartia
Sangre, y plumas al viento, y á la tierra:
Baxa; daré para perpetuo sello,
Mis amorosos brazos á tu cuello.
 Amigo de mi alma,
Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso,
En deliciosa calma,
Dexa esta vez mi espiritu suspenso!
Allá baxo, allá voy tierno, y ansioso
A gozar en tu seno mi reposo.
 Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y

Y ya están adelante
Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles;
Y son segun la traza dos Lebreles.
A Dios, á Dios, Amigo,
Dixo el Zorro, que estoy muy ocupado;
Luego hablaré contigo,
Para finalizar este tratado.
El Gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:

Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador;
A un engaño hay otro engaño,
A un pícaro otro mayor.

FABULA XV.

El Leon, y la Cabra.

Un Señor Leon andaba, como un Perro,
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza sin hallar pelo, ni lana,
Perdiendo la paciencia, y la mañana.
Por un risco escarpado
Vé trepar á una Cabra á lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña
En hacer creer àl Leon, que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano:
El Cazador entonces cortesano
La dice: baxa, baxa, mi querida:
No busques precipicios á tu vida:
'En el valle frondoso
Pacerás á mi lado con reposo.

¿Des-

¿Desde cuando, Señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Essos halagos tiernos
No son por bien: apostaré los cuernos.
Assi le respondió la astuta Cabra;
Y el Leon se fue sin replicar palabra.
Lo paga la infeliz con el pellejo,
Si toma sin examen el consejo.

FABULA XVI.

La Hacha, y el Mango.

Un hombre, que en el bosque se miraba
Con una Hacha sin Mango, suplicaba
A los arboles diessen la madera,
Que mas solida fuera
Para hacerle uno fuerte, y muy durable.
Al punto la arboleda inumerable

Le cedió el Acebuche; y él contento,
Perficionando luego su instrumento,
De rama en rama vá cortando á gusto
Del alto roble el brazo mas robusto.
Ya los arboles todos recorria;
Y mientras los mejores elegia,
Dixo la triste Encina al Fresno: Amigo,
Infeliz del que ayuda á su enemigo.

FABULA XVII.

La Onza, y los Pastores.

En una trampa una Onza inadvertida
Dió misera caida.
Al verla sin defensa,
Corrieron á la ofensa
Los vecinos Pastores,
No valerosos, pero sí traidores.

Ca-

Cada cual por su lado
La maltrataba airado,
Hasta dexar sus fuerzas desmayadas,
Unos á palos, otros á pedradas.
Al fin la abandonaron por perdida;
Pero viendola dar muestras de vida
Cierto Pastor, dolido de su suerte,
Por evitar su muerte,
Le arrojó la mitad de su alimento,
Con que pudiesse recobrar aliento.
Llega la noche, templase la saña;
Marchan á descansar á la Cabaña
Todos con esperanza muy fundada,
De hallarla muerta por la madrugada.
Mas la Fiera entre tanto,
Bolviendo poco á poco del quebranto,
Toma nuevo valor, y fuerza nueva;
Salta, dexa la trampa, vá á su cueva:

Y al sentirse del todo reforzada,
Sale si muy ligera, mas airada.
Ya destruye ganados,
Ya dexa á los Pastores destrozados:
Nada aplaca su colera violenta;
Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
El buen Pastor por quien tal vez vivia,
Lleno de horror la vida le pedia.
No serás maltratado,
Dixo la Onza, vive descuidado,
Que yo solo persigo á los traidores
Que me ofendieron, no á mis bienhechores.

Quien hace agravios, tema la venganza:
Quien hace bien, al fin el premio alcanza.

FABULA XVIII.

El Grajo vano.

Con las plumas de un Pavo
Un Grajo se vistió: pomposo, y bravo
En medio de los Pavos se passea:
La manada lo advierte; lo rodea:
Todos le picán, burlan, y lo envian,
¿Donde? si ni los Grajos lo querian?

¿Cuánto ha que repetimos este cuento
Sin que haya en los plagiarios escarmiento?

FABULA XIX.

El Hombre, y la Comadreja.

Assi decia cierta Comadreja
A un hombre que la havia aprisionado:

¿Por

¿Por qué no me dexais? ¿os he yo dado
Motivo de disgusto, ni de queja?
¿No soy la que desvanes, y rincones,
Tu casa toda, cual si fuesse mia,
Cuidadosa registro noche, y dia,
Para que vivas libre de Ratones?
¡Gran fineza por cierto!
El Hombre respondió: pues dí, ladrona,
Si tu glotoneria no perdona
Ni á Raton vivo, ni á Cochino muerto,
Ni á cuanto guardan ruines Despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los Ratones? ¡qué locura!
No tendria yo malas tragaderas.
Morirás: y el astuto que pretenda
Vender como fineza lo que ha hecho,
Sin mirar á mas fin que á su provecho,
Sabrá que hay en el Mundo quien lo entienda.

FA-

FABULA XX.

Batalla de las Comadrejas, y los Ratones.

Vencidos los Ratones
Huían con presteza
De una atroz enemiga
Tropa de Comadrejas:
Marchaban con desorden;
Que cuando el miedo reyna,
Es la confusion sola
El Gefe que govierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los Soldados
Entrar á duras penas:

Pero los Capitanes,
Qı e en las estrechas puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos
Puestos en las cabezas,
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega;
Fueron las desdichadas
Victimas de la guerra;
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las Comadrejas.

Cuantas veces los hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas.

Si

Si Jupiter dispara
Sus rayos á la tierra,
Antes que á las Cabañas
A los Palacios, y á las Torres llegan.

FABULA XXI.

El Leon, y la Rana.

Una lobrega noche silenciosa
Iba un Leon horroroso
Con mesurado passo magestuoso
Por una selva: oyó una voz ruidosa,
Que con tono molesto, y continuado
Llamaba la atencion, y aun el cuidado
Del reynante animal, que no sabia,
De qué bestia feroz quizá saldria
Aquella voz, que tanto mas sonaba,
Cuanto mas en silencio todo estaba.

Su Magestad Leonesa
La selva toda registrar procura:
Mas nada encuentra con la noche obscura,
Hasta que pudo ver, ¡ó qué sorpresa!
Que sale de un estanque á la mañana
La tal bestia feroz; y era una Rana.

Llamará la atencion de mucha gente
El Charlatan con su mania loca;
¿Mas qué logra, si al fin verá el prudente,
Que no es sino una Rana, todo boca?

FABULA XXII.

El Ciervo, y los Bueyes.

Con imminente riesgo de la vida
Un Ciervo se escapó de la batida;
Y en la Quinta cercana de repente
Se metió en el establo incautamente.

Di-

Dicele un Buey: ¿ignoras, desdichado,
Que aqui viven los hombres? ¡ha cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo,
Como Perdiz en boca de Raposo.
El Ciervo respondió: pero no obstante
Dexadme descansar algun instante,
Y en la ocasion primera
Al Bosque espesso emprendo mi carrera.
Oculto en el ramage permanece.
A la noche el Boyero se aparece:
Al ganado reparte el alimento;
Nada divisa; salese al momento.
El Mayoral, y los Criados entran,
Y tampoco lo encuentran.
Libre de aquel apuro
El Ciervo se contaba por seguro:
Pero el Buey mas anciano
Le dice: ¿qué? ¿te alegras tan temprano?

Si

Si el Amo llega lo perdiste todo;
Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo:
Mas chiton, que ya viene.
Entra *Cien-ojos* : todo lo previene:
A los Rusticos dice : no hay consuelo:
Las colleras tiradas por el suelo;
Limpió el pesebre, pero muy de passo;
El ramage muy seco, y mas escaso:
Seor Mayoral, ¿es este buen govierno?
En esto mira al enramado cuerno
Del triste Ciervo; grita; acuden todos
Contra el pobre animal de varios modos,
Y á la rustica usanza
Se celebró la fiesta de matanza.

Esto quiere decir, que el Amo bueno
No se debe fiar del ojo ageno.

FABULA XXIII.

Los Navegantes.

Lloraban unos tristes Passageros
Viendo su pobre Nave combatida
De recias olas, y de vientos fieros,
Ya casi sumergida;
Cuando subitamente
El viento calma, el Cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la passada pena.
Mas el Piloto estuvo muy sereno
Tanto en la tempestad como en bonanza;
Pues sabe que lo malo, y que lo bueno
Está sugeto á subita mudanza.

FABULA XXIV.

El Torrente, y el Rio.

Despeñado un Torrente
De un encumbrado Cerro
Caía en una peña,
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de Ladrones
Un triste passagero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es comun en los hombres
Posseidos del miedo,
Para salvar la vida,
Exponerla tal vez á mayor riesgo.
Llegaron los Vandidos,
Practicaron lo mesmo
Que antes el caminante,

Y

Y fueron en su alcance, y seguimiento.
Encontró el miserable
De alli á muy poco trecho
Un Rio caudaloso,
Que corria apacible, y con silencio.
Con tan buenas señales,
Y el prospero sucesso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearle sin recelo;
Mas apenas dió un passo,
Pagó su desacuerdo,
Quedando sepultado
En las aleves aguas sin remedio.

Temamos los peligros
De designios secretos;
Que el ruidoso aparato,
Sino se desvanece, anuncia el riesgo.

FABULA XXV.

El Leon, el Lobo, y la Zorra.

Tremulo, y achacoso
A fuerza de años un Leon estaba:
Hizo venir los Medicos ansioso
De ver si alguno de ellos lo curaba.
De todas las especies, y regiones
Professores llegaban á millones.
Todos conocen incurable el daño:
Ninguno al Rey propone el desengaño:
Cada cual sus remedios le procura,
Como si la vegez tuviesse cura.
Un Lobo cortesano
Con tono adulador, y fin torcido,
Di-

Dixo á su Soberano:
He notado, Señor, que no ha asistido
La Zorra como Medico al congresso;
Y pudiera esperarse buen sucesso
De su dictamen en tan grave assunto.
Quiso su Magestad que luego al punto
Por la posta viniesse:
Llega, sube á Palacio, y como viesse
Al Lobo su enemigo; ya instruida
De que él era el Autor de su venida,
Que ella escusaba cautelosamente,
Inclinandose al Rey profundamente
Dixo: quizá, Señor, no havrá faltado
Quien haya mi tardanza acriminado;
Mas será porque ignora,
Que vengo de cumplir un voto ahora,
Que por vuestra salud tenia hecho;
Y para mas provecho,

En mi viage traté gentes de ciencia
Sobre vuestra dolencia.
Convienen pues los grandes Professores
En que no teneis vicio en los humores,
Y que solo los años han dexado
El calor natural algo apagado;
Pero este se recobra, y vivifica
Sin fastidio, sin drogas de Botica,
Con un remedio simple, liso, y llano,
Que vuestra Magestad tiene en la mano.
A un Lobo vivo arranquenle el pellejo:
Haced que os lo apliquen al instante;
Y por mas que esteis debil, flaco, viejo,
Os sentireis robusto, y rozagante
Con apetito tal, que sin esfuerzo
El mismo Lobo os servirá de almuerzo.
Convino el Rey, y entre el furor, y el hierro
Murió el infeliz Lobo como un perro.

Assi

Assi viven, y mueren cada dia
En su guerra interior los Palaciegos,
Que con la emulacion rabiosa ciegos
Al deguello se tiran á porfia.
Tomen esta leccion muy oportuna:
Lleguen á la privanza enhorabuena;
Mas labren su fortuna,
Sin cimentarla en la desgracia agena.

LIBRO QUINTO

FABULA PRIMERA.

Los Ratones, y el Gato.

Marramaquiz gran Gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de Ratones.
En uno de sus lobregos rincones
Puso su alojamiento:
Por delante de sí de ciento en ciento
Les dexaba por gusto libre el passo,
Como hace el bebedor que mira al vaso;
Y ensanchando assi mas sus tragaderas,
Al fin los elegia como peras.

Es-

Este fue su exercicio cotidiano;
Pero tarde, ó temprano,
Al fin ya los Ratones conocian
Que por instantes se disminuían.
Don *Roepan* Cacique el mas prudente
De la Ratona gente
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dixo assi con natural despejo:
Supuesto, hermanos, que el sangriento Bruto,
Que metidos nos tiene en llanto, y luto,
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda; es evidente,
Que se atajará el daño, solamente
Con no baxar allá de modo alguno.
El medio pareció muy oportuno;
Y fue tan observado,
Que ya *Marramaquiz* el muy taimado

Me-

Metido por el hambre en calzas prietas,
Discurrió entre mil tretas
La de colgarse por los pies de un palo
Haciendo el muerto: no era el ardid malo.
Pero Don *Roepan* luego que advierte,
Que su enemigo estaba de tal suerte;
Assomando el ocico á su agugero,
Ola, dice, ¿qué es esso, Cavallero?
¿Estás muerto de burlas, ó de veras?
Si es lo que yo recelo, en vano esperas;
Pues no nos contaremos ya seguros
Aun sabiendo de cierto,
Que eras á mas á mas de Gato muerto,
Gato relleno ya de pesos duros.

Si alguno llega con astuta maña,
Y una vez nos engaña;
Es cosa muy sabida,

Que

Que puede algunas veces
El huir de sus trazas, y dobleces
Valernos nada menos que la vida.

FABULA XI.

El Asno, y el Lobo.

Un Burro cojo vió que le seguia
Un Lobo cazador, y no pudiendo
Huir de su enemigo, le decia:
Amigo Lobo, yo me estoy muriendo;
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cogeo:
Si yo no me valiesse de herradores,
No me veria assi como me veo.
Y pues fallezco, sé caritativo:
Sacame con los dientes este clavo;

Muera yo sin dolor tan excessivo,
Y comeme despues de cabo á rabo.
O, dixo el cazador con ironia,
Contando con la pressa ya en la mano,
No solamente sé la anatomia,
Sino que soy perfecto Cirujano.
El caso es para mí una patarata;
La operacion no mas que de un momento;
Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen Jumento.
Con su estuche molar desembainado
El nuevo professor llega al doliente;
Mas este le dispara de contado
Una coz que lo dexa sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
¡Hay infeliz de mí! bien merecido
El pago tengo de mi gran locura.

Yo

Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnicero;
¿Pues si pude vivir tan regalado,
A qué meterme aora á curandero?

Hablemos en razon : no tiene juicio
Quien dexa el propio por ageno oficio.

FABULA XXI.

El Asno, y el Cavallo.

Iban, mas no sé adonde ciertamente,
Un Cavallo, y un Asno juntamente:
Este cargado, pero aquel sin carga.
El grave peso, la carrera larga
Causaron al Borrico tal fatiga,
Que la necessidad misma le obliga
A dar en tierra. Amigo compañero,
No puedo mas, decia, yo me muero.

Repartamos la carga, y será poca;
Sino, se me vá el alma por la boca.
Dice el otro: rebienta enhorabuena:
¿Por esso he de sufrir la carga agena?
Gran bestia seré yo, si tal hiciere.
¿Miren, y qué Borrico se me muere?
Tan justamente se quexó el Jumento,
Que espiró el infeliz en el momento.
El Cavallo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar mal de su grado
Los fardos, y aparejos todo junto;
Item mas: el pellejo del difunto.

Juan, alivia en sus penas al Vecino;
Y él, cuando tú las tengas, déte ayuda;
Sino lo haceis assi, temed sin duda
Que sereis el Cavallo, y el Pollino.

FABULA XV.

El Labrador, y la Providencia.

Un Labrador cansado
En el ardiente Estio
Debaxo de una Encina
Reposaba pacifico, y tranquilo.
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido
El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos exercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía Calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
¿Por qué la Providencia,
Decia entre sí mismo,

Pu-

Puso á la ruin Bellota
En elevado preeminente sitio?
¿Cuanto mejor seria,
Que trocando el destino,
Pendiessen de las ramas
Calabazas, Melones, y Pepinos?
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dixo,
Cayendo una Bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
Par diez, prorrumpió entonces
El Labrador sencillo,
Si lo que fue Bellota
Algun gordo Melon huviera sido,
Desde luego pudiera
Tomar á buen partido
En caso semejante
Quedar desnarigado, pero vivo.

Aqui

Aqui la Providencia
Manifestarle quiso,
Que supo á cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del Hombre
Todo está repartido,
Preso el Pez en su concha,
Y libre por el ayre el Pajarillo.

FABULA V.

El Asno vestido de Leon.

Un Asno disfrazado
Con una grande piel de Leon andaba:
Por su temible aspecto casi estaba
Desierto el Bosque, solitario el Prado.
Pero quiso el destino,
Que le llegasse á ver desde el Molino

La punta de una oreja el Molinero.
Armado entonces de un garrote fiero,
Dale de palos, llevalo á su casa;
Divulgase al contorno lo que passa.
Llegan todos á ver en el instante
Al que havian temido Leon reynante;
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien mas le respetó, mas le desprecia.

Desde que oí del Asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernandez no se dexa
De andar con el disfraz de Cavallero,
A bueltas del vestido, y el Sombrero,
Que le han de ver la punta de la oreja.

FABULA VI.

La Gallina de los huevos de Oro.

Erase una Gallina que ponia
Un huevo de oro al Dueño cada dia.
Aun con tanta ganancia mal contento,
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro,
Y hallar en menos tiempo mas tesoro.
Matóla: abrióla el vientre de contado;
Pero despues de haverla registrado,
¿Qué sucedió? que muerta la Gallina
Perdió su huevo de oro, y no halló mina.

Cuantos hay que teniendo lo bastante
Enriquecerse quieren al instante,

Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos,
Que solo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya Marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones.

FABULA VII.

Los Cangrejos.

Los mas autorizados, los mas viejos
De todos los Cangrejos
Una gran assamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron,
A propuesta de un docto Presidente,
Como resolucion la mas urgente,
Tomaron la que sigue: pues que al Mundo
Estamos dando exemplo sin segundo

El

El mas vil, y grosero
En andar ácia atrás como el Soguero:
Siendo cierto tambien que los ancianos
Duros de pies, y manos,
Causandonos los años pesadumbre,
No podemos vencer nuestra costumbre;
Toda Madre desde este mismo instante
Ha de enseñar á andar ácia adelante
A sus hijos: y dure la enseñanza
Hasta quitar del Mundo tal usanza.
Garras á la obra, dicen las Maestras,
Que se creían diestras;
Y sin dexar ninguno,
Ordenan á sus hijos uno á uno,
Que muevan sus patitas blandamente
Acia delante successivamente.
Passito á passo al modo que podian
Ellos obedecian;

Pero al ver á sus Madres que marchaban
Al revés de lo que ellas enseñaban,
Olvidando los nuevos documentos,
Imitaban sus passos mas contentos.
Repetian las Madres sus lecciones,
Mas no bastaban teoricas razones;
Porque obraba en los jovenes Cangrejos
Solo un exemplo, mas que mil consejos.
Cada Maestra se aflige, y desconsuela
No pudiendo hacer practica su Escuela:
De modo que en efecto
Abandonaron todas el proyecto.
Los Magistrados saben el sucesso,
Y en su pleno congresso
La nueva Ley al punto derogaron;
Porque se asseguraron
De que en vano intentaban la reforma,
Cuando ellos no sabian ser la norma.

Y

Y es assi que la fuerza de las Leyes
Suele ser el exemplo de los Reyes.

FABULA VIII.

Las Ranas sedientas.

Dos Ranas que vivian juntamente
En un Verano ardiente
Se quedaron en seco en su Laguna.
Saltando aqui, y alli llegó la una
A la orilla de un Pozo.
Llena entonces de gozo
Gritó á su compañera:
Ven, y salta ligera.
Llegó: y estando entrambas á la orilla,
Notando como grande maravilla,
Entre los agostados juncos, y heno,
El fresco Pozo casi de agua lleno;

Pro-

Prorrumpió la primera: ¿á qué esperamos,
Que no nos arrojamos
Al agua que apacible nos convida?
La segunda responde: inadvertida,
Yo tengo igual deseo;
Pero pienso, y preveo,
Que aunque es facil al Pozo nuestra entrada,
La agua con los calores exalada,
Segun vaya faltando,
Nos irá dulcemente sepultando,
Y al tiempo que salir solicitemos,
En la Estigia Laguna nos veremos.

Por consultar al gusto solamente
Entra en la Nassa el Pez incautamente;
El Pajaro sencillo en la red queda;
¿Y en qué lazos el hombre no se enreda?

FA-

FABULA IX.

El Cuervo, y el Zorro.

En la rama de un arbol,
Bien ufano, y contento,
Con un queso en el pico
Estaba el Señor Cuervo.
Del olor atraido
Un Zorro muy Maestro
Le dixo estas palabras
A poco mas, ó menos:
Tenga Usted buenos dias,
Señor Cuervo, mi dueño,
Vaya que estais donoso,
Mono lindo en estremo;
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento;

Que

Que si á tu bella traza
Corresponde el gorgeo,
Juro á la Diosa Ceres,
Siendo testigo el Cielo,
Que tu serás el Fenix
De sus vastos imperios.
Al oir un discurso
Tan dulce, y halagueño,
De vanidad llevado
Quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
Dexó caer el queso;
El muy astuto Zorro,
Despues de haverlo presso,
Le dixo: Señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedais con alabanzas
Tan hinchado, y repleto,

Di-

Digerid las lisonjas
Mientras digiero el queso.

Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.

FABULA X.

Un Cojo, y un Picaron.

A un buen Cojo un descortés
Insultó atrevidamente:
Oyólo pacientemente
Continuando su carrera,
Cuando al son de la cogera
Dixo el otro: una, dos, tres,
Cojo es.
Oyólo el Cojo: aqui fue

Donde el buen hombre perdió
Los estrivos; pues le dió
Tanta colera, y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedandose, ya se vé,
Sobre un pie.
Solo el no poder correr,
Para darte el escarmiento,
Dixo el Cojo, es lo que siento:
Que este mal no me atormenta;
Porque al hombre solo afrenta,
Lo que supo merecer,
Padecer.

FABULA XI.

El Carretero, y Hercules.

En un atolladero
El carro se atascó de Juan Regaña:

El

El á nada se mueve, ni se amaña;
Pero jura muy bien: gran Carretero.
A Hercules invocó; y el Dios le dice:
Aligera la carga; ceja un tanto;
Quita ahora esse canto:
Está? si, le responde, ya lo hice.
Pues enarbola el latigo, y con esso
Puedes ya caminar: de esta manera
Harreando á la Mohína, y la Roncera,
Salió Juan con su carro del sucesso.

Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al Cielo favor: ha de ayudarte.

FABULA XXI.

La Zorra, y el Chivo.

Una Zorra cazaba;
Y al seguir á un Gazapo,

Entre aqui se escabulle, alli lo atrapo,
En un Pozo cayó que al passo estaba.

Cuando mas la afligia su tristeza,
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió assomarse al brocal por su fortuna
Del Chivo Padre la gentil cabeza.

¿Qué tal? dixo el barbon, la agua es salada?
Es tan dulce, tan fresca, y deliciosa,
Respondió la Raposa,
Que en el tal Pozo estoy como encantada.

Al agua el Chivo se arrojó sediento:
Monta sobre él la Zorra de manera,
Que haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brôcal, y sale en el momento.

Quedó el pobre atollado: cosa dura.
¿Mas quién podrá á la Zorra dar castigo,
Cuando el hombre aun á costa de su amigo
Del peligro mayor salir procura?

FA-

FABULA XXIX.

El Lobo, la Zorra, y el Mono Juez.

Un Lobo se quexó criminalmente
De que una Zorra astuta lo robasse.
El Mono Juez, como ella lo negasse,
Dexólos alegar prolijamente.
Enterado pronuncia la sentencia:
No consta que te falte nada, Lobo;
Y tu Raposa, tu tienes el robo.
Dixo, y los despidió de su presencia.

Esta contradiccion es cosa buena;
La dixo el docto Mono con malicia.
Al perverso su fama lo condena
Aun cuando alguna vez pida Justicia.

FA-

FABULA XIV.

Los dos Gallos.

Haviendo á su rival vencido un Gallo,
Quedó entre sus Gallinas victorioso,
Mas grave, mas pomposo,
Que el mismo Gran Sultan en su Serrallo.
Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña: el Gavilan lo advierte:
Lo pilla; lo arrebata; y por su muerte
Quedó el rival Señor del Gallinero.

Consuele al abatido tal mudanza:
Sirva tambien de exemplo á los mortales,
Que se juzgan exemptos de los males,
Cuando se vén en próspera bonanza.

FABULA XV.

La Mona, y la Zorra.

En visita una Mona
Con una Zorra estaba cierto dia,
Y assi ni mas, ni menos la decia:
Por mi fé que teneis bella persona,
Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar, como vos sola;
Y á no ser tan disforme vuestra cola,
Seriais en lo hermosa la primera.
Escuchad un consejo,
Que ha de ser á las dos muy importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por Zagalejo.
Abrenuncio, la Zorra le responde:
Es cosa para mí menos amarga

Bar-

Barrer el suelo con mi cola larga,
Que verla por pañal bien sé yo donde.

Por ingenioso que el necesitado
Sea, para pedir al avariento;
Este será de superior talento,
Para negarse á dar de lo sobrado.

FABULA XVI.

La Gata Muger.

Zapaquilda la bella
Era Gata doncella;
Muy recatada, no menos hermosa.
Queriala su Dueño por Esposa,
Si Venus consintiesse,
Y en Muger á la Gata convirtiesse.
De agradable manera
Vino en ello la Diosa placentera.

Y

Y ved á *Zapaquilda* en un instante
Hecha Moza gallarda, rozagante.
Celebrase la boda;
Estaba ya la Sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada;
La Novia relamida, almidonada
Junto al Novio galan enamorado;
Todo brillantemente preparado;
Cuando quiso la Diosa,
Que cerca de la Esposa
Pasasse un Ratoncillo de repente.
Al punto que lo vé violentamente,
A pesar del concurso, y de su amante,
Salta, corre tras él, y echale el guante.

Aunque del valle humilde á la alta cumbre
Inconstante nos mude la fortuna;
La propension del natural es una
En todo estado, y mas con la costumbre.

FABULA XVII.

La Leona, y el Oso.

Dentro de un Bosque obscuro, y silencioso,
Con un rugir continuo, y espantoso,
Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona á las fieras inquietaba.
Dicela un Oso: escuchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa,
O qué sangrienta guerra,
Qué rayos, ó qué plagas á la tierra
Anuncia tu clamor desesperado
En el nombre de Jupiter airado?
Ha! mayor causa tienen mis rugidos.
Yo la mas infeliz de los nacidos
Cómo no moriré desesperada,
Si me han robado el hijo; hay desdichada!

¡Ola!

¡Ola! ¿con que esso es todo?
Pues si se lamentassen de esse modo
Las Madres de los muchos que devoras,
Buena musica huviera á todas horas.
Vaya, vaya, consuelate como ellas;
No nos quiten el sueño tus querellas.

A desdichas, y males
Vivimos condenados los mortales.
A cada cual no obstante le parece,
Que de esta Ley una excepcion merece.
Assi nos conformamos con la pena,
No cuando es propia, si cuando es agena.

FABULA XVIII.

El Lobo, y el Perro flaco.

Distante de la Aldea,
Iba cazando un Perro

Flaco, que parecia
Un andante Esqueleto.
Cuando menos lo piensa
Un Lobo lo hizo preso.
Aqui de sus clamores,
De sus llantos, y ruegos.
Decidme, Señor Lobo,
¿Qué quereis de mi cuerpo,
Sino tiene otra cosa
Que huesos, y pellejo?
Dentro de quince dias
Casa á su hija mi Dueño;
Y ha de haver para todos
Arroz, y Gallo muerto.
Dexadme ahora libre,
Que passado este tiempo
Podrás comerme á gusto,
Lucio, gordo, y relleno.

Que-

Quedaron convenidos;
Y apenas se cumplieron
Los dias señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estabase en su casa
Con otro compañero,
Llamado Matalobos,
Mastin de los mas fieros:
Salen á recibirlo;
Al punto que lo vieron,
Matalobos baxaba
Con corbatin de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos,
Y assi por no gastarlos
Cedió de su derecho.
Huía, y lo llamaban;
Mas él iba diciendo:

Con -

Con el rabo entre piernas,
¿Pies, para qué os quiero?

Hasta los Niños saben,
Que es de mayor aprecio
Un Pajaro en la mano,
Que por el aire ciento.

FABULA XIX.

La Oveja, y el Ciervo.

Un celemin de trigo
Pidió á la Oveja el Ciervo, y la decia:
Si es que Usted de mi paga desconfia,
A presentar me obligo
Un fiador desde luego,
Que no dará lugar á tener queja:
¿Y quién es este? preguntó la Oveja.
Es un Lobo abonado, llano, y lego.

¡Un

¡Un Lobo! yá: mas hallo un embarazo:
Sino teneis mas fincas que él sus dientes,
Y tu los pies para escapar valientes,
¿A quién acudiré cumplido el plazo?

Si quien es el que pide, y sus fiadores,
Antes de dar prestado, se examina;
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.

FABULA XX.

La Alforja.

En una Alforja al hombro
Llevo los vicios;
Los agenos delante,
Detrás los mios.
Esto hacen todos;

Assi

Assi ven los agenos,
Mas no los propios.

FABULA XXI.

El Asno infeliz.

Yo conocí un Jumento,
Que murió muy contento
Por creer, y no iba fuera de camino,
Que assi cessaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun despues de su muerte
Lo persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancassen el cuero luego al punto,
Para hacer Tamboriles;
Y que en los regocijos pastoriles
Bailassen las Zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.

Quien

Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será. FEDRO lo dice.

FABULA XXXI.

El Javali, y la Zorra.

Sus horribles colmillos aguzaba
Un Javali en el tronco de una Encina.
La Zorra que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: estraño el verte,
Siendo tu en paz Señor de la Bellota,
Cuando ningun contrario te alborota,
Que tus armas afiles de essa suerte.
La fiera le responde: tengo oido
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Assi como en la calma el Marinero,
Y que vale por dos el prevenido.

FABULA XXIII.

El Perro, y el Cocodrilo.

Bebiendo un Perro en el Nilo
Al mismo tiempo corria:
Bebe quieto, le decia
Un taimado Cocodrilo.
Dixole el Perro prudente:
Dañoso es beber, y andar;
Pero, ¿es sano el aguardar
A que me claves el diente?

¡O qué docto Perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.

FA-

FABULA XXIV.

La Comadreja, y los Ratones.

Debil, y flaca cierta Comadreja,
No pudiendo ya mas de puro vieja,
Ni cazaba, ni hacia provisiones
De abundantes Ratones,
Como en tiempos passados,
Que elegia los tiernos, regalados,
Para cubrir su mesa.
Solo de tarde en tarde hacia pressa
En tal cual que passaba muy cercano,
Gotoso, paralytico, ó anciano.
Obligada del hambre cierto dia
Urdió el modo mejor con que saldria
De aquella pobre situacion hambrienta;
Pues la necessidad todo lo inventa.

Esta vieja taimada
Metese entre la harina amontonada.
Alerta, y con cautela,
Cual suele en la garita el Centinela,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la execucion del pensamiento.
Llega el Raton sin conocer su ruina
Y mete el ociquillo entre la harina.
Entonces ella le echa de repente
La garra al cuello, y al ocico el diente.
Con este nuevo ardid tan oportuno
Se los iba embuchando de uno en uno;
Y á merced de discurso tan estraño
Logró sacar su tripa de mal año.

Es un feliz ingenio interesante:
El nos ayuda, si el poder nos deja;
Y al ver lo que passó á la Comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?

FA-

FABULA XXV.

El Lobo, y el Perro.

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco, y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucio, sano, y bueno,
Que le dixo: yo estraño
Que estés de tan buen año,
Como se dexa ver por tu semblante;
Cuando á mí mas pujante,
Mas osado, y sagaz mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.
El Perro respondió: sin duda alguna
Lograrás, si tu quieres, mi fortuna.
Dexa el Bosque, y el Prado;
Retirate á poblado;

Ser-

Servirás de Portero
A un rico Cavallero,
Sin otro afan, ni mas ocupaciones,
Que defender la casa de ladrones.
Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho mas estoy curtido.
Assi me libraré de la fatiga
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,
Trepando riscos, y rompiendo breñas;
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas, y calores.
A passo diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes á llenar la panza.
En esto el Lobo por algun recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mi-

Mirando al Perro dixo: he reparado,
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿qué es esso? nada.
Dimelo por tu vida, camarada.
No es mas que la señal de la cadena:
Pero no me dá pena;
Pues aunque por inquieto,
A ello estoy sugeto,
Me sueltan cuando comen mis Señores;
Recibenme á sus pies de mil amores;
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada:
Este lo mal asado,
Aquel un hueso poco descarnado.
Y aun un gloton que todo se lo traga,
A lo menos me halaga
Passandome la mano por el lomo;
Yo meneo la cola, callo, y como.

To-

Todo esso es bueno, yo te lo confiesso;
Pero por fin, y postre tu estás preso;
Jamás sales de casa,
Ni puedes ver lo que en el Pueblo passa.
Es assi. Pues amigo,
La amada libertad que yo consigo,
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante, y prospera fortuna.
Marcha, marcha á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien passea el campo libremente;
Aunque tu comas tan glotonamente
Pan, tajadas, y huesos; porque al cabo,
No hay bocado en sazon para un Esclavo.

Nec aliud quidquam per Fabellas quaeritur,
Quam corrigatur error ut mortalium,
Acuatque sese diligens industria.
Phedr. Fab. Prol. Libr. II.

TA-

TABLA DE LAS FABULAS
que contiene este Tomo.

LIBRO PRIMERO.

Fuen-

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

Co-

